

PARA UNA VIDA CONSACRADA FIEL

DESAFÍOS ANTROPOLÓGICOS A LA FORMACIÓN

U	
S	G

67° CONVENTUS SEMESTRALIS
UNIONE SUPERIORI GENERALI

PARA UNA VIDA CONSACRADA FIEL

**DESAFÍOS ANTROPOLÓGICOS
A LA FORMACIÓN**

LA FIDELIDAD VOCACIONAL

Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC
Presidente USG

Nuestra 67 Asamblea desarrollará la segunda parte de nuestra reflexión acerca de la “Fidelidad Vocacional”, y por lo tanto, es continuación de la Asamblea que tuvimos en noviembre de 2005. En efecto, al término de la Asamblea anterior percibimos que muchos de ustedes deseaban continuar este tema a partir de una antropología teológica, que nos permitiera profundizar las bases en que se sustenta la vida religiosa hoy, y nos ayudara a conocer mejor a los jóvenes y a revisar nuestras ratio formativas para que respondieran mejor a la realidad que hoy vivimos.

Nuestras reflexiones, en la anterior Asamblea, tocaron muchos tópicos que suscitaron nuestra atención. Entre los asuntos tratados estuvieron los temas sobre las motivaciones de entrada, las motivaciones para ser fieles en las diferentes etapas de la vida, el discernimiento y el acompañamiento de los religiosos, la consistencia y unidad de los sujetos, la calidad de la vida espiritual, la cultura actual, el ambiente socio cultural y la formación inicial, los factores que facilitan la vitalidad de un Instituto religioso. Sin querer ser exhaustivos sobre los factores que influyen en la fidelidad, si es importante profundizar y discernir los más relevantes.

El Padre Bernado Olivera en una excelente presentación a los Capítulos Generales en octubre del año pasado planteaba muy acertadamente la situación que hoy fácilmente se repite en nuestros propios Institutos: *Pareciera que el descubrimiento del amor humano hubiera convertido en irreal la búsqueda monástica de Dios. Obviamente no se trata ahora de enjuiciar la vocación de estos jóvenes; se trata, más bien, de cuestionarnos sobre la formación que les ofrecemos. Algunas preguntas pertinentes podrían ser estas: ¿sobre qué bases humanas se construyó el rascacielos espiritual?, ¿qué tipo de antropología sirvió de presupuesto al proceso formativo?, ¿estamos convencidos de que la gracia edifica sobre la naturaleza?, ¿favorecemos dicotomías aunque afirmamos lo contrario?, ¿porqué las jóvenes monjas no hacen experiencias semejantes?, ¿son las mujeres más realistas aunque los varones somos más carnales?, ¿reprimimos lo instintivo en favor de lo racional?, ¿valoramos lo espiritual en detrimento de lo corporal?, ¿continuamos alegorizando los textos bíblicos sobre el amor vaciándolos de su espesor humano?, ¿nutrimos el sentido de pertenencia comunitaria? Y así podríamos continuar con interrogantes semejantes.*

Vivimos en una sociedad pluralista, con una promoción del relativismo axiológico como criterio para resolver las disímiles situaciones sociales. El criterio de libertad se ha llevado al ámbito de lo más sagrado de la humanidad: la vida, pues se considera que la misma le pertenece instrumentalmente a cada individuo, prescindiendo de toda responsabilidad con su Creador y con los demás seres humanos. Por otra parte, para cualificar las manifestaciones más variadas de las culturas, se usa el criterio que todo es igualmente válido, negando la necesidad que tienen todas las culturas de ser humanizadas y evangelizadas.

Lo provisorio y lo temporáneo se instaura en las organizaciones, aún en aquellas instituciones milenarias, como la familia. Llama la atención la duración cada vez más corta de buen número de los matrimonios. Sabemos que el fenómeno se repite al interior de nuestras congregaciones y no deja de inquietarnos el número de solicitudes de dispensa provenientes de jóvenes religiosos al poco tiempo de haber hecho la profesión perpetua.

Vivimos en un mundo que favorece el individualismo y el intimismo. Por un lado, estamos pasando según varios autores del *homo faber* al *homo ludens*, de Prometeo a Narciso,

del hombre económico al hombre festivo para el cual lo principal no es trabajar sino disfrutar. Basta echar una mirada a ciertas psicologías modernas para descubrir que el centro debe ser el yo. Freud nos habla de la satisfacción de los deseos, Maslow, de la autorrealización mediante la satisfacción de las necesidades primarias, Adler de la afirmación del propio papel y superioridad en la confrontación con los otros.

No cabe duda que uno de los grandes méritos del mundo de hoy es la importancia dada al yo personal. Pero sabemos que se trata de un valor relativo, porque según el Evangelio “*el que busca su vida la pierde y el que la pierde la encuentra*” (Mt 16, 25). El desafío permanente es descentrarnos de nosotros mismos para centrarnos en Dios y en su plan de salvación en favor de la humanidad.

Por otro lado, parece que hoy, tenemos más dificultad para compromisos duraderos, de largo plazo, donde la paciencia, la estabilidad, la perseverancia, el tesón y el esfuerzo sean necesarios, para asegurar la calidad de la vida espiritual y la misión a la que hemos sido llamados. Influenciados por el ambiente fácilmente podemos hacer nuestros los valores que hoy mueven a la sociedad: lo provisorio (lo temporal), lo sensible (el corazón prima sobre la razón), lo desechable (lo nuevo y la moda se imponen).

No debemos disimular el hecho de que la Vida Consagrada representa un movimiento contracultural y dinámico que reta los patrones de una sociedad ambivalente cuyos valores son más fácilmente asimilados por los jóvenes tanto aquellos positivos como aquellos que contradicen al Evangelio. Aquí también se trata de un discernimiento e inculturación que nos permita ser fieles a los signos de los tiempos y de los lugares. Nuestra actitud debe ser como la de los pescadores de la parábola *que echan al mar una red que recoge toda clase de peces; una vez llena los pescadores la llevan a la playa, se sientan, seleccionan los buenos en canastas y tiran los malos (Mt 13, 47-48)*. El entrenamiento para vivir con alegría y dignidad en un mundo que nos es dado para evangelizar, pero al que debemos oponernos más de una vez, es la ascesis. La lucha por los valores del Reino, comporta un esfuerzo personal y comunitario, que da sentido a la existencia, aleja del narcisismo, evita la depresión, y permite vivir en medio de los conflictos.

Hoy debemos tener muy en cuenta la situación en que vive el joven enfrentado a la fragmentariedad y la dispersión, con el peligro de la fascinación de lo inmediato y de lo provisional que conduce a una ética individualista y relativista, que limita la búsqueda de los valores y orienta hacia una búsqueda insatisfecha del "estar juntos" sin una dirección clara, ni un proyecto definido. El ambiente lleva a la búsqueda de valores de pequeño cabotaje y a una felicidad a bajo costo. O sea todo lo contrario de lo que tendríamos que ofrecer en la vida religiosa.

Si no somos capaces de centrar nuestra vida religiosa en lo esencial corremos el peligro de construir sobre arena. Nuestra vida religiosa entendida tanto como nuestro natural tender a Dios como por el llamado de Jesucristo a proseguir su vida no puede tener más fundamento que el de una experiencia personal. Se trata de una atracción profunda casi irresistible hacia Dios, de una experiencia espiritual, de que Dios es el Absoluto y que todo nuestro ser tiene su referencia última en Él. Es la experiencia de amar y ser amado; es la certeza de que Dios es todo. Y si Dios es la razón última de nuestro seguimiento, pueden venir tsunamis y tormentas, y nuestra barca parecerá al borde del naufragio pero podremos seguir adelante, no por nuestra fuerza, sino porque en nuestras debilidades, Dios sigue siendo la razón última de nuestra vida y sabemos que está a nuestro lado. La meta fundamental de todo proceso de formación es facilitar esta experiencia.

Los trabajos de nuestra 67ª Asamblea tienen un doble objetivo:

1. Por medio de la exposición de Don Pascual Chávez Villanueva, Rector Mayor de los Salesianos, intentamos profundizar en la realidad de la persona a través de reflexiones de orden antropológico que puedan servir de base a nuestras propuestas formativas. El objetivo último es el de ayudar a reforzar la fidelidad de los llamados a una vida consagrada que no es sólo de orden espiritual sino que se realiza plenamente también en el aspecto humano.
2. La segunda fase de nuestros trabajos se abre con la exposición del P. José Rodríguez Carballo, Ministro General de los Frailes Menores, y continúa con los aportes de toda la asamblea a través de los trabajos de grupo. Queremos detenernos de modo particular sobre la formación permanente, porque creemos que ella es un punto de partida obligado para ofrecer a nuestros jóvenes una eficaz formación inicial. Sólo personas y comunidades plenamente maduras y bien identificadas consigo mismas, la propia vocación y el carisma del Instituto, pueden convertirse en instrumentos eficaces en el acompañamiento de los jóvenes religiosos.

Estoy seguro que las reflexiones de estos días y la lectura de las páginas que recojan el resultado de nuestros trabajos podrán ayudar a consolidar en el interior de nuestros Institutos el sustrato humano y la experiencia esencial que darán mayor solidez a nuestro seguimiento de Jesús, vivida en una fidelidad creativa y gozosa.

LA FIDELIDAD, FUENTE DE VIDA PLENA

La Vida Consagrada: Profecía antropológica en la postmodernidad

Pascual Chavez Villanueva, SDB
Rector Mayor de los Salesianos

1. INTRODUCCIÓN

La finalidad de esta reflexión, más que pretender decir algo “nuevo”, trata de estimular la reflexión común. Por ello, trataré de mantenerme lo más fiel posible al título y al significado del mismo: ofrecer un marco antropológico en el cual puedan ubicarse posteriormente las propuestas que ayuden a robustecer la fidelidad de la vida consagrada de quienes somos llamados a ella, con particular atención hacia las generaciones jóvenes.

Es indudable que la problemática *fundamental* toca la médula y el desarrollo de la fe, a partir de la experiencia personal y comunitaria del Dios de Jesucristo. Presuponiéndolo, debemos hacer aquí una “reducción metodológica” desde un enfoque específico: ¡ojalá que podamos acercarnos lo más posible a dicha problemática, donde Naturaleza y Gracia, sin confundirse, se encuentran e interactúan! En concreto, el tema de la fidelidad (no sólo en sentido vocacional) toca tantos aspectos esenciales de la persona, que necesariamente debemos renunciar a una visión exhaustiva, y contentarnos con ubicarlo dentro de este marco antropológico.

Por otra parte, la problemática no es exclusiva de la vida religiosa o consagrada: ¡baste pensar en la situación dramática, y muchas veces trágica, de tantos matrimonios y familias en el mundo, e incluso dentro de la Iglesia! En el campo de la vida religiosa, afecta por igual a Institutos de reciente fundación, como a Congregaciones más antiguas e incluso Órdenes eremíticas y monásticas. Más aún: aunque nos interesa sobre todo en relación a las generaciones jóvenes, no se refiere sólo a ellas: la posibilidad de apartarnos del seguimiento radical de Jesús no desaparece sino con la muerte. Como señala bellamente D. Bonhoeffer, la primera palabra que el Señor dirige a Pedro es también la última: “Sígueme”.

Antes de afrontar el *contenido* de esta reflexión, conviene explicitar una valoración axiológica previa, de tipo *formal*: ¿se trata de una situación problemática, incluso peligrosa, de la que hay que defendernos, o de un *kairos* que, además de inevitable, se convierte en un reto fascinante para nuestra fidelidad creativa a Dios, a la Iglesia y a la humanidad? Creo que estamos convencidos de que, aun con toda la seriedad que la situación exige, se trata más bien de lo segundo: es la consecuencia de creer que el Espíritu Santo sigue presente y actuante en nuestra Iglesia y en el mundo; pero también porque, en éste como en muchos otros aspectos se hace presente la “ley del péndulo”: nuestro tiempo acentúa dialécticamente elementos que, en forma explicable pero injusta, se habían descuidado en otras épocas. De nosotros depende, con la ayuda del mismo Espíritu, buscar su justo equilibrio.

Dicho simbólicamente: la cultura actual, sobre todo juvenil, ha dado un giro total al caleidoscopio antropológico: se contempla una imagen totalmente nueva, en la que podemos reconocer, sin embargo, los mismos factores estructurales que, en la cultura anterior, reflejaban la luz de una manera muy diversa, y por ello, también proyectaban una imagen distinta. Creemos, pues, que se trata, según la feliz expresión de G. K. Chesterton, de una de esas “virtudes que se han vuelto locas”: ¡esperemos que la enfermedad no sea incurable!

Dentro todavía del campo formal, he considerado más conveniente *escoger* una línea, entre otras, esperando que sea suficientemente relevante como para ofrecer suficientes pistas de reflexión. La alternativa habría sido tocar muchos temas, necesariamente de manera superficial e imposible de ahondar. En otras palabras, recordando el proverbio español: “el que mucho abarca, poco aprieta”, he escogido la actitud opuesta: abarcar poco, para tratar de privilegiar la profundidad.

2. LA HISTORICIDAD, HORIZONTE Y CAMINO DE REALIZACIÓN HUMANA

Es indudable que, entre muchos otros factores que configuran la cultura actual, el “descubrimiento” de la historicidad humana constituye uno de los más relevantes. No se trata de algo “nuevo” en cuanto que no existiera antes, o que no fuera percibido universalmente. Más bien se trata de esas coordenadas de la existencia humana que, por ser omnipresentes, corren el peligro, paradójicamente, de volverse inaferrables. Bastaría tomar cualquier página de la Sagrada Escritura para reconocer que la Palabra de Dios no se comprende en absoluto sin el presupuesto de la historicidad humana. Sin ésta, ni la revelación de Dios, la libertad humana, el pecado o la conversión existirían.

Esta “presencia implícita” de la historicidad humana en la Revelación acentúa, entre otros factores, el valor del “hoy” en relación al pasado, e incluso al futuro: lo que cuenta no es, digámoslo con una imagen, el peso de las acciones buenas o malas realizadas y puestas sobre una balanza, sino la *situación actual*. Recordemos, entre muchos otros, el célebre texto de Ezequiel: “En cuanto al malvado, si se aparta de todos los pecados que ha cometido, observa todos mis preceptos y practica el derecho y la justicia, vivirá sin duda, no morirá. Ninguno de los crímenes que cometió se le recordará más; vivirá a causa de la justicia que ha practicado” (Ez. 18, 21-22); igualmente, el salmo 95 (94), sugerido al inicio de la oración litúrgica diaria: “Si escucháis hoy la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón” (v. 7-8); o, más dramáticamente, las conmovedoras palabras de Jesús en la cruz al ladrón arrepentido: “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc. 23, 43). Esto lleva, indudablemente, a una valoración más *cualitativa* que “cuantitativa” de la existencia humana (sin identificarlo, necesariamente, con la contraposición entre *actitudes* y *actos* en el campo moral).

Por ello, al hablar de “descubrimiento”, nos referimos más exactamente a su *tematización explícita*, ligada a la filosofía del siglo XX (aunque con raíces al menos desde el siglo XIX) y, más en concreto, al existencialismo, constituyendo uno de los logros más válidos y permanentes de dicha corriente filosófica y cultural.

Como el título de este párrafo indica, “*horizonte y camino*”, no se indica sólo que el ser humano vive en la historia (dentro del mundo y el universo entero, que, análogamente, se pueden también llamar, gracias a la mediación humana, “históricos”), lo cual es evidente; sino que, más intrínsecamente, se pretende afirmar que el hombre es un “ser histórico” en cuanto que se realiza (o se destruye) en la historia: tanto a nivel personal, como comunitario, e incluso a escala mundial: máxime en un tiempo en que las coordenadas geográficas van cediendo su relevancia a las históricas, dentro de la “aldea global” en que se está convirtiendo nuestro planeta.

No se trata sólo de una importancia *cuantitativa*, un “más”; sino sobre todo de una *relevancia cualitativa*, puesto que la historicidad constituye un paradigma, se erige en centro de una *Gestalt* que engloba todos los elementos estructurales humanos en una nueva síntesis (recordando la imagen del caleidoscopio).

Esta *tematización de la historicidad humana* ha traído consecuencias en todos los campos de la existencia humana: baste recordar la revolución que ha provocado en el concepto de

educación y formación, entendida ésta como “*formación permanente*”, referida en primer lugar no a la actualización específica o eventual (como todavía sucede, con frecuencia), sino a la convicción de que toda la vida estamos en formación, en proceso, y que, por tanto, nunca podemos considerar a alguien ya “acabado”, “formado”. (Análogamente, en el campo moral, no se concibe a un “*homo viator*” definitivamente perdido, ni tampoco ya “confirmado en gracia”).

Esto trae consigo un cambio radical en la manera de plantear la “formación inicial”, e incluso la etapa siguiente, inadecuadamente llamada “formación permanente”, como si fuera posterior a la inicial. Aun teniendo en cuenta que lo más importante no es cambiar las palabras, sino renovar su contenido, conviene al menos mencionar el problema, nada fácil, sobre la manera de enfocar esta “formación inicial” de manera que no sea, ni algo separado de lo que vendrá después, ni mucho menos un antídoto en su contra, pero tampoco se diluya, como si fuera una simple “primera etapa” de un proceso. En el fondo, se trata de clarificar lo que significa el enunciado: “la formación (en cuanto) permanente anima y orienta la formación inicial”.

En este horizonte de la historicidad, se integra plenamente una de esas “palabras-clave” que en la actualidad cuenta con carta de ciudadanía aun en la vida consagrada: la búsqueda de la realización personal. Se trata de un aspecto insoslayable, pero también fuente de malentendidos e incluso de frustraciones.

A este respecto, me gustaría mencionar un texto esclarecedor del p. Friedrich Wulf SJ, cuando habla de la fenomenología teológica de la vida religiosa.

“En la base de la vida religiosa, que quiere tener un fundamento teológico y espiritual, se halla un estar afectado por el misterio divino del mundo y de la vida (...) Este impacto se presenta sobre todo en tres formas: como estar afectado por Dios, por Jesucristo o por la situación funesta del mundo. Se trata de tipos ideales, que sólo ponen de manifiesto centros de gravedad, pero nunca existen en forma pura. Están estrechamente vinculados por su mismo contenido, es decir, por la revelación cristiana. Un estar afectado por Dios que no incluyese la mediación decisiva y el papel redentor de Jesús, así como la responsabilidad para con la salvación del mundo y de los demás hombres, sería tan poco cristiano como un estar afectado por la situación funesta del mundo que no tuviese como centro el Dios de nuestra salvación, revelado en Jesús. Quien eligiera como finalidad de su vida, en la medida en que uno puede escoger por sí mismo, una mística y contemplación que excluyesen el mundo, sería tan culpable de recortar esencialmente el mensaje salvífico cristiano como el que concibiese su vocación apostólica sólo como un servicio funcional. Con todo, tiene que haber prioridades, acentos, pues si no todo seguiría siendo teoría y no se adecuaría ya a la peculiaridad de cada uno, a la especificidad y vocación personal”¹.

Todo esto es plenamente válido y esclarecedor; pero ¿no es verdad que, junto a esta triple motivación esencial e inseparable de la vida religiosa y consagrada: *absolutez de Dios – seguimiento/imitación de Jesucristo – salvación del mundo*, actualmente se subraya, en forma al menos implícita, la preocupación por la *realización personal*? Puede resultar fácil ignorar, e incluso querer excluir este aspecto, como expresión de egoísmo individualista y de un malsano “psicologismo” individualista: sin embargo, si leemos con atención el Evangelio, nunca encontraremos un rechazo, por parte de Jesús, de esta pretensión: lo que hace el Señor es *indicar el camino* auténtico para dicha realización. ¿No es significativo que hemos olvidado demasiadas veces que las Bienaventuranzas no son normas morales o religiosas, sino *promesas de felicidad*?

Más que rechazar o anatematizar, hay que discernir y clarificar: sólo es válida y plenificante, en la vida consagrada, cuando se trata de una realización en Cristo, unida

¹ F. WULF, *Fenomenología teológica de la Vida Religiosa*, en: *Mysterium Salutis IV/2*, Madrid, Ed. Sígueme, 2ª Ed., 1984, p. 454.

indisolublemente a los tres aspectos antes mencionados. Evidentemente, aquí juega un papel decisivo la justa comprensión y puesta en práctica del concepto de *idoneidad vocacional*, que permite integrar ambas dimensiones, objetiva y subjetiva.

Uno de los aspectos más fascinantes en la contemplación de los grandes santos y santas, es considerarlos como personas realizadas y *felices*. Si estamos llamados a ser, como dice *Vita Consecrata*, una “terapia espiritual” para el mundo de hoy, y queremos profundizar en el “profundo significado antropológico” de los consejos evangélicos, no podemos ignorar esta dimensión: no basta vivir la castidad, la pobreza y la obediencia de manera radical y plena: hace falta que, incluso a nivel humano, sean actitudes irradiantes y atrayentes, expresión de madurez y plenitud (cfr. *VC* 87-91).

3. LA LIBERTAD, EL VALOR SUPREMO DE LA REALIZACIÓN HUMANA

Al interno del paradigma de la historicidad, la libertad adquiere una importancia decisiva, precisamente porque el ser humano se percibe no como alguien “programado” de antemano, como un computer (por más sofisticado que sea), sino como una persona, alguien que tiene la propia vida en sus manos, que puede disponer de ella, que puede *decidir* lo que quiere *hacer* con ella; más aún: lo que quiere *ser*, a través de ella.

En este sentido, podemos recordar la frase, intencionadamente exagerada y provocatoria de J.-P. Sartre: “La existencia precede a la esencia”. Nadie, ningún ser humano ni divino puede decidir por mí lo que yo quiero ser. Detrás de esta actitud podemos encontrar, o la expresión de un prometeísmo más o menos ateo, o más bien un reto, que nos haga comprender que Dios no puede querer de nosotros, sus hijos, un amor y una entrega que no sean plenamente libres.

Conviene analizar más a fondo la libertad como dimensión esencial del ser humano. Indudablemente, no podemos aceptar una supremacía de la libertad que trate de erigirse por encima de cualquier instancia o valor: pero tampoco basta rechazarla o predicar contra ella. Nos quejamos con frecuencia de una libertad que degenera en libertinaje, etc.; pero ¿cuál es el perfil y la dinámica de dicha actitud, como para poder comprenderla, afrontarla y responder a ella?

En forma semejante a la historicidad, esta sobrevaloración de la libertad no es sólo cuantitativa (“lo máximo”) sino también *cualitativa*, *núcleo de un paradigma* en torno al cual giran todos los demás valores. Cuando esto no se toma en cuenta, resulta imposible comprender ciertas actitudes, que resultan contradictorias.

Menciono un ejemplo, no ciertamente al azar. Frente al lamentable tema de los abusos y acosos sexuales, sin duda injustificables, y a la no menos lamentable manipulación de los mismos, constatamos en la sociedad y en los medios de comunicación una “doble medida”, que raya muchas veces en la hipocresía: ¿cómo es posible que dicha sociedad, que busca castigar la más mínima falta al respecto, tolere, al mismo tiempo y sin ningún límite, su exacerbación en forma de pornografía casi irrestricta? Enfocada desde el paradigma de la *sexualidad*, dicha doble actitud resulta incomprensible; pero desde otro paradigma, el de la *libertad*, no sólo es comprensible, sino hasta lógica: en el fondo afirma que, mientras se trate de adultos (=mayores de 18 años), pueden hacer lo que quieran, con absoluta libertad, con tal que no lesionen a terceros (aquí nuevamente: “en su libertad”).

Por supuesto, no se trata de justificar esta actitud; *al contrario*, aquí se percibe, a mi juicio, el meollo del verdadero problema. Como se señalaba arriba, no se trata sólo de una valoración *cuantitativa* (= exagerada) de la libertad, sino de que se le considera, *cualitativamente*, como paradigma de la realización humana. Frente a esto, hay que decir: la libertad no constituye un

paradigma, no es el valor fundamental que permite la realización de la persona humana, sino la característica que debe acompañar a todo *valor* humano, para que lo sea realmente.

Dicho con otras palabras: la libertad, como adjetivo, debe acompañar a todo *sustantivo*, so pena de perder éste último su carácter de *valor*. En cambio, cuando el adjetivo quiere convertirse en *sustantivo*, *absolutiza la libertad*, autodestruyéndose, y destruyendo al propio sujeto. (Conviene recordar la etimología de la palabra “absoluto”: *ab-solutus* nos recuerda la desligación de cualquier otra realidad).

Contra esta absolutización formalista de la libertad, podemos citar a un autor nada sospechoso de “ascetismo”, Federico Nietzsche:

“¿Libre te llamas a ti mismo? Quiero oír tu pensamiento dominante, y no que has escapado de un yugo.

¿Eres tú alguien al que le sea *lícito* escapar de un yugo? Más de uno hay que arrojó de sí su último valor al arrojar su última esclavitud.

¿Libre de qué? ¡Qué importa eso a Zaratustra! Tus ojos deben anunciarme con claridad: ¿*libre para qué?*² (cursivas del autor).

Quisiera ahondar este tema recurriendo al pensamiento de quien ha sido considerado, en la literatura universal, como el más grande conocedor del corazón humano: F. M. Dostoyevski. Es un lugar común mencionarle como un escritor que ha defendido, más que nadie, la libertad humana; sin embargo, no menos ha sabido presentar genialmente los riesgos de esta misma libertad, cuando pretende erigirse en el valor absoluto de la existencia humana.

Dentro de la impresionante galería de personajes dostoyevskianos, encontramos tres que encarnan, desde diferentes perspectivas, la tentación de la libertad absoluta, que corre el peligro de llevarlos a la autodestrucción (y en dos casos sucede, mediante el suicidio). En la perspectiva ética, encontramos a Raskolnikov, de *Crimen y Castigo*, a quien le obsesiona la cuestión de si a los “hombres superiores” les es *lícito* hacerlo *todo* (y, concretamente, si él es uno de esos seres excepcionales); Kirillov, en *Los Demonios*, quien encarna la radicalización teológica de la libertad, pretendiendo a la vez eliminar y suplantar a Dios, entendido como el Señor absoluto y Dueño de toda libertad; y sobre todo Stavroguin, en la misma novela, desde la perspectiva ontológica: personaje fascinante para todos los que le rodean, aunque se trata sólo de una hermosa estatua que, por desgracia, está vacía por dentro. Uno de los mejores especialistas de Dostoyevski, Luigi Pareyson, comenta: “Su libertad (de Stavroguin) es puro arbitrio que, no teniendo frente a sí ninguna norma qué violar, no tiene ni siquiera ninguna finalidad y gira, por tanto, en el vacío, disolviéndose en la apatía, el hastío, el ocio, en una especie de inútil experimentación y de inercia destructiva. Su poder era grande y temible, y grande y terrible es la destrucción que deriva de él: los hombres que han sufrido su influjo se pierden, y él mismo, ‘carácter oscuro y demoníaco’, se pone el problema supremo: ¿ser o no ser? ¿vivir o destruirse? Y se destruye: el suicidio pone el sello de la nada a una vida que ha tenido como marca solamente la nada”.³

Indudablemente, se trata de casos extremos; pero precisamente por ello, delinean a la perfección el peligro de una libertad que no acepta, humildemente, ser adjetivo que acompañe inseparablemente a los valores que realizan, humana y – en nuestro caso, cristiana y religiosamente – a la persona: en primer lugar y ante todo, el amor (pues no hay amor auténtico que no sea libre). La libertad es el ineliminable terminus a quo de la realización humana, por abajo del cual perdemos nuestra dignidad humana, y nos convertimos en la manada que sigue al Gran

² F. NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, 12a. Ed., 308.

³ L. PAREYSON, “Le Dimensioni della Libertà in Dostoevskij” en: S. GRACIOTTI, Ed., *Dostoevskij nella coscienza d’oggi*, Firenze, Sansoni Ed., 1981, p. 110.

Inquisidor (y ¡Dios nos libre de ser “grandes inquisidores” que atenten contra la libertad de sus hermanos!): pero de ninguna manera constituye el terminus ad quem de dicha realización.

4. “...ES UNA EXPERIENCIA...”

Dentro de esta constelación de valores: historicidad-libertad-realización, ocupa un lugar privilegiado la experiencia. Palabra “mágica”, tiene una relación íntima con todos ellos: propicia la realización humana, en el horizonte de la historicidad, como ejercicio pleno de la libertad.

Dejando a un lado el análisis, sin duda muy enriquecedor, de la etimología de esta palabra desde diversos campos lingüísticos, sobre todo el latino (*ex-perior = expertus*) y el germánico (*Erfahrung = er-fahren*), vayamos directamente a su significado típico. También aquí, conviene insistir que no se trata de una realidad “nueva”: en las diferentes culturas existen expresiones proverbiales que manifiestan la dificultad de “aprender-escarmentar en cabeza ajena”, vivirlo todo en primera persona se ha percibido desde siempre como algo, no ciertamente deseable en todos los casos, pero sí inevitable.

Más aún: en prácticamente todas las culturas tradicionales existen “ritos de iniciación” que hacen posible el paso de una etapa a otra de la vida, caracterizados por experiencias que engloban a toda la persona, y no sólo a su capacidad intelectual o afectiva, sino a ambas dimensiones a la vez, así como también a su realidad corporal, muchas veces dolorosamente. Hay que añadir, sin embargo, que aunque dichos “ritos de iniciación” persisten en la cultura actual⁴, en formas muchas veces camufladas, se da una diferencia esencial: actualmente no se busca, a través de estas experiencias únicas, integrarse en el pasado mítico, sino abrirse a un futuro prometedor, rechazando – en ocasiones, explícitamente – dicho pasado.

En esta línea experiencial podemos mencionar la dimensión mistagógica de la catequesis cristiana de los primeros siglos, que buscaba no sólo preparar mediante la adquisición de conocimientos, sino vivir una experiencia de encuentro con el Señor Jesús y, por medio de El en el Espíritu Santo, con el Padre. También en la actualidad, la pastoral –sobre todo juvenil– busca desarrollar esta dimensión fundamental. Más aún: la vivencia mística se caracteriza, precisamente, por este rasgo experiencial del encuentro con Dios Trino y Uno (aunque no depende de la capacidad humana, sino que es un don divino).

Todo lo anterior nos muestra que no estamos ante una dificultad a superar, sino ante una realidad muy rica a discernir y asumir: superando, sin duda, los peligros que implica.

a) Entre estos peligros encontramos, en primer lugar, su carácter *formal* (análogamente a lo que se decía de la libertad). Da la impresión que toda experiencia se justifica por el hecho mismo de serlo: ¡cuántas veces no hemos escuchado!, para justificar cualquier actitud inaceptable, esta explicación: “...es una experiencia”. Glosando, quizá irreverentemente, la primera carta de Pedro: al igual que el amor fraterno, es un manto que “cubre la multitud de los pecados” (cfr. 1 Pe. 4, 8). Hablando desde la *experiencia* de la formación, he constatado que, junto con el orgullo, es uno de los impedimentos estructurales más fuertes para el arrepentimiento y la conversión, ya que la alternativa sería *privarse de la experiencia*, y esto es percibido, formalmente y *a priori*, como una limitación y empobrecimiento. ¡Se ha llegado a decir –gracias a Dios, no ciertamente en la vida religiosa– que cualquier forma de vivencia de la sexualidad, aun la más aberrante, es preferible a la abstención de su ejercicio! Me parece el extremo *formalista* de la valoración de la experiencia en cuanto tal.

⁴ Cfr., a este respecto, la extraordinaria obra de MIRCEA ELIADE (por ejemplo, *Lo Sagrado y lo Profano*, Barcelona, Ed. Labor, 6ª Ed., 1985).

b) Esta manera de pensar tergiversa muchas veces el sentido mismo de la experiencia. Ya el hecho de pasar, del *singular* de “la” *experiencia*, como expresión de la sabiduría de quien sabe aprender de la vida, a partir de lo habitual y cotidiano, al *plural* de “las” *experiencias* como momentos extraordinarios y excepcionales, desplaza el acento de la *actitud* al *acto*. Hay una canción mexicana que expresa magníficamente esto: “Nada te han enseñado los años: siempre caes en los mismos errores”, que equivale a decir: “has vivido muchas *experiencias*, pero no *tienes experiencia*”, nada has aprendido de la vida, no has llegado a ser un “experto” de ella.

c) De esta sobrevaloración unilateral de la propia experiencia derivan dos grandes peligros para la vida consagrada actual: el *individualismo*, precisamente porque nadie puede sustituirme en el aprendizaje de la vida: es “mi” experiencia; y con él, el *relativismo*: “cada quien opina, según la propia experiencia”: fuera de ella, todo lo demás son abstracciones. No hay normas objetivas que puedan prevalecer sobre lo que la vida me ha supuestamente “enseñado”.

Quisiera ejemplificar este punto. La dirección espiritual de los religiosos en formación inicial me ha llevado a la convicción de que los problemas, sobre todo en el campo de la afectividad, en gran medida derivan de la manera de afrontarlos (o de no hacerlo); además de la actitud del avestruz (quien, con la cabeza enterrada en la arena, piensa que nadie se da cuenta del problema, cuando en realidad todos están perfectamente enterados, y lo platican entre sí, menos con el interesado), es típico partir del presupuesto: “tengo que vivir esta experiencia de relación afectiva solo, porque nadie me va a comprender: crearán –comenzando por mis superiores – que se trata de una muchacha como las demás, cuando en realidad es una persona única, irreplicable”, etc. En el fondo, es indudable que cada ser humano es único e irreplicable, y por eso no se pueden dar “*recetas*”; pero somos todos seres humanos (concretamente, hombres o mujeres), y por eso puede haber *criterios* que, dentro de la innegable singularidad de cada situación, nos permiten ubicarla y discernirla lo más objetivamente posible, y sobre todo ayudarnos mutuamente.

d) En vistas a superar este formalismo, hay que subrayar que lo que importa no es sólo el hacer experiencia, sino *cuál es el valor* del que hacemos experiencia: o sea, el contenido mismo. Con esto retomamos lo señalado arriba, a saber: la necesidad de superar una educación-formación intelectualista, que pretende interiorizar contenidos vitales sin hacer experiencia de ellos. Dicho enfáticamente, y cediendo por una vez al juego de palabras: lo que cuenta no es *el valor de la experiencia*, sino la experiencia del valor a interiorizar y asimilar. En las Constituciones de los Salesianos, el artículo central que trata de caracterizar la formación como un proceso permanente se titula: “La experiencia formativa”, y la describe: “vive la experiencia de los valores de la vocación salesiana en los diferentes momentos de su existencia, y acepta la ascesis que supone tal camino” (C SDB 98).

En la vida de Buddha encontramos una narración legendaria muy *significativa*. Desde su nacimiento, su padre quiso evitarle la experiencia de todo tipo de situaciones “negativas” que pusieran en peligro su actitud optimista ante la vida: en particular la ancianidad, la enfermedad y la muerte. Sin embargo, tal preocupación fue contraproducente: bastó una ocasión en que Siddharta abandonó el palacio familiar, para que sendos encuentros con un enfermo, un anciano y un cortejo fúnebre lo sumieran en la más honda crisis depresiva.

Muchas veces, con la mejor buena voluntad, queremos hacer algo semejante, en los diversos campos de la vida consagrada, sobre todo en la etapa inicial: pero tal actitud, en vez de ser formativa, es profundamente deformante. Hay que decir, sin duda, que nuestros hermanos jóvenes (y no tan jóvenes) no entran en crisis precisamente ante la mirada perdida de una anciana cerca de la muerte, sino más bien ante la mirada cautivadora de una bella joven llena de vida: y esto, sobre todo cuando se les ha tratado de mantener al margen de toda experiencia “peligrosa” en el campo de la relación afectiva con las personas del otro sexo...

5. LA FORMACIÓN A LA RENUNCIA

Finalmente, y todavía en relación a la superación del “formalismo”, hay que hablar de una realidad que en nuestro tiempo más que en ningún otro, implica “remar cuesta arriba”: la formación a la renuncia. Dicho paradójicamente, hay que propiciar la experiencia de la renuncia. No se trata de volver a tiempos pasados, donde dicho ejercicio tenía –paradójicamente– un carácter del todo formal: lo importante era aprender a renunciar... por renunciar, para “templar la voluntad”. En cambio, es indispensable redescubrir el valor humano y cristiano de la auténtica renuncia, para poder vivir una experiencia enriquecedora de la misma, de manera que sea asumida positivamente, y no conduzca a frustración y neurosis.

En la pequeña parábola evangélica del comerciante en perlas finas (Mt. 13, 45-46) encontramos algunos elementos preciosos que nos permiten delinear la “fenomenología de la renuncia”:

a) se renuncia a unas perlas preciosas (“el mercader va y vende lo que tiene”) *no porque sean falsas*: son auténticas, y han constituido hasta ahora el tesoro del mercader. Aplicándolo a nuestra realidad, no es ciertamente un método feliz el que trata de disminuir el valor de aquello a lo que hay que renunciar, para que resulte más fácil el hacerlo. En el fondo, renunciar a lo “malo” no constituye la renuncia humana más profunda y plenificante. ¡Cuántas veces hemos escuchado, como resistencia a una renuncia necesaria: “¿qué tiene de malo esto?”! Y tiene toda la razón quien habla así: sólo que debe comprender que es precisamente *entonces*, cuando se le presenta la oportunidad de la renuncia en su sentido más auténtico...

b) se renuncia a unas perlas de verdad, con dolor y a la vez con alegría, porque *se ha encontrado “la” perla definitiva*, aquella que ha cautivado la mirada y el corazón del comerciante: y comprende que no puede adquirir ésta, si no vende aquéllas. Si nuestra vida consagrada, centrada en el seguimiento y la imitación del Señor Jesús, no resulta fascinante, resulta injusta y deshumanizante la renuncia que exige... Como dice hermosamente PI: “Solamente este amor *de carácter nupcial* y que implica toda la afectividad de la persona, permitirá motivar y sostener las renunciaciones y las cruces que encuentra necesariamente quien quiere “perder su vida” por causa de Cristo y su Evangelio (cfr. Mc. 8, 35)” (n. 9).

c) el gozo por la posesión de la “perla preciosa” no elimina nunca del todo el temor de que *no sea auténtica*: en caso de ser falsa, mi decisión ha sido equivocada, y he arruinado mi vida. Este “riesgo” en la vida cristiana y, más aún, en la vida consagrada, es una consecuencia directa de la fe: sólo desde la fe tiene sentido nuestra vida: *si* no es verdad aquello en lo que creemos, “somos los más infelices de todos los hombres”, parafraseando a san Pablo (cfr. 1 Cor. 15, 19). El día en que, en cualquier vertiente de la vida consagrada, se pueda decir: “mi vida es plenamente gratificante aunque no sea verdad aquello en lo que creo”, estamos convirtiendo nuestro Carisma... en una ONG, con el agravante de que conlleva ciertas exigencias incomprensibles para sus miembros...

d) Jugando de nuevo con las palabras, no sólo hay que propiciar la experiencia de la renuncia, sino que también, en muchas situaciones, es necesaria la renuncia a la experiencia (algo de lo más difícil de comprender y de asumir, hoy). Pensemos, por ejemplo, en el campo afectivo (y sexual): incluso con la mejor buena voluntad, hay quienes piensan que la renuncia les resultará más fácil si se vive la experiencia correspondiente: “al menos, ya sé a qué renuncio”. En el fondo, se trata de un espejismo: nunca podemos seguir los diferentes caminos que la vida nos ofrece, para, en una etapa ulterior, escoger cuál seguir. Lo importante – y una sólida formación debe propiciarlo – es que la persona asuma maduramente esta decisión (palabra que connota, en su etimología, “cortar”), y no se lamente durante toda la vida de lo que nunca probó, tendiendo, inevitablemente, a magnificarlo: el fruto prohibido resulta siempre el más apetecible.

6. EL CONTEXTO ACTUAL: LA POSTMODERNIDAD

Esperando que todo lo dicho anteriormente refleje, desde una perspectiva específica, la situación antropológica que afecta a la vida consagrada hoy, hay que preguntarnos: todo esto ¿constituye una verdadera novedad, en relación con otros tiempos? ¿O sólo se trata, como señalábamos al inicio, de una *tematización* de aspectos que han estado siempre presentes (al menos implícitamente)?

Es indudable que no podemos hablar de una absoluta “novedad”, pues sería ignorar que, como seres humanos, poseemos una insoslayable homogeneidad de base, que se manifiesta en todo tiempo y lugar. Utilizando una expresión de Mircea Eliade, hay que decir que tenemos una misma “estructura arquetípica” o, con una imagen más sencilla: aunque la fotografía de cada uno es muy diversa, la radiografía es muy semejante.

Sin embargo, desde el momento que hoy se habla de una era nueva y cualitativamente distinta en la historia de la humanidad, debe implicar factores que, al menos en su mayor o menor incidencia, han cambiado de raíz. Me referiré a uno, en concreto, que afecta profundamente lo que hemos estado diciendo.

El ser humano, aun viviendo siempre en el presente (lo cual resulta obvio), es un “animal de futuro” (E. Bloch, W. Pannenberg): está colocado por naturaleza “frente a” lo *utópico*, a lo que todavía “no tiene lugar” en nuestro mundo y en la historia. Esto puede decirse, *a fortiori*, de las generaciones jóvenes, que llevan esta orientación al futuro desde su misma identidad psicosomática, inscrita hasta en la más humilde de las células.

Por ello, constatamos en la situación post-moderna un drama “trágico”: la amenaza de futuro que se cierne sobre la humanidad coloca, sobre todo a esta generación joven, ante una contradicción existencial: por una parte, con una exigencia irresistible de un horizonte de futuro, y por otra, con la carencia de dicho *horizonte*. Si a esto agregamos el rechazo al pasado por parte de la cultura juvenil actual, concluimos que se encuentra encerrada en el mínimo espacio que le permite el presente, sin más remedio que tratar de “vivir el instante que huye” (*l’attimo fuggente*).

Dicha amenaza se manifiesta doblemente: por una parte, en lo que J. Moltmann ha llamado “la pérdida de la inocencia atómica” desde Hiroshima⁵: sabemos –y las noticias recientes nos lo siguen recordando– que desde hace algunos decenios, y por primera vez en lo que conocemos de la historia del mundo y del hombre en él, existe la posibilidad real (que depende en concreto de la decisión de algunas personas) de que desaparezca la humanidad entera, por causa de una conflagración nuclear. El hecho que los jefes de las naciones lleguen a eventuales acuerdos a este respecto no elimina el peligro: como dice el mismo Moltmann, nunca recuperaremos la inocencia perdida. “La época en la que vivimos es, aunque debiera durar indefinidamente, la *última época de la humanidad*... Vivimos en el tiempo del final, esto es: la época en la que cada día podemos provocar el final”⁶.

Por otra parte – y no totalmente desligada de la anterior – encontramos también dicha amenaza en el deterioro ecológico, universal y aparentemente irreversible: pensemos en la contaminación del aire, la disminución del agua dulce, la destrucción de los bosques, la vertiginosa utilización de energéticos no renovables). Como dice el mismo Moltmann, “todos somos iguales... frente al agujero de ozono”.

⁵ Cfr. JÜRGEN MOLTSMANN, *La catastrofe atomica: e Dio, dov'è?*, Urbino, Il Nuovo Leopardi, 1987, 11.

⁶ *Ibidem*, p. 10, citando a Günther Anders.

Esta “supresión desde fuera” del horizonte de futuro es un factor típico de nuestro tiempo, y es fundamental para comprender la obsesiva fijación en el presente, y la búsqueda de satisfactores inmediatos, que caracteriza la era postmoderna: ya que no es lo mismo “querer vivir el hoy” en la perspectiva del mañana, que tener que anclarse en el hoy, porque quizá no exista el mañana... A propósito de una recensión de un libro del Premio Nobel de Literatura, el escritor húngaro Imre Kertész, un periódico recientemente utilizaba esta expresión: “¿Es posible tener hijos después de Auschwitz?” (evocación de la célebre frase: “¿Es posible creer en Dios después de Auschwitz?”). Es la pregunta que hoy se ponen tantos jóvenes frente al matrimonio y la familia: no con la ilusión de otros tiempos, sino con la angustia frente al mundo en el que les tocará vivir: ¿vale la pena traer nuevos seres al mundo? Es indudable que esta “privación de futuro”, en un sentido muy diverso, afecta también a la vida consagrada, en particular a las nuevas generaciones.

7. “¿LO ESCOJO TODO...!”

Se podría continuar ahondando en el tema de la postmodernidad, pero me remito a los estudios especializados que Uds. bien conocen. Quisiera más bien invitarles a reflexionar en el presente y el futuro inmediato de la vida consagrada, más que con conceptos generales, contemplando una figura de santidad típicamente actual en la Iglesia: santa Teresa de Lisieux.

Entre sus diferentes facetas, hoy se acentúa, con justa razón, la experiencia de la incredulidad y el ateísmo, que vivió hacia el final de su vida, y que supo descubrir como un don de Dios, asumiéndola, en una forma extraordinariamente positiva, como solidaridad con los “alejados de Dios”. En este momento, quisiera subrayar otro aspecto. Entre los muchos recuerdos de su infancia, es particularmente *significativo* uno, en apariencia banal. Un día que su hermana Leonia, sintiéndose mayorcita, decidió deshacerse de todos los implementos para jugar a las muñecas, llevó un cesto lleno de los mismos, para que cada una de las hermanas escogiera. Cuando tocó el turno a la pequeña Teresa, ella misma relata, “alargué la mano, diciendo: ¡Yo lo escojo todo!, y cogí la cesta sin más ceremonias”⁷. Podríamos decir: es una actitud típicamente “postmoderna”, de quien no quiere renunciar a nada.

Y no se trataba en ella de un arrebato infantil de egoísmo: creo que más bien expresa un rasgo profundo de su personalidad. Tan es así, que muchos años después, en uno de los momentos más importantes de su discernimiento espiritual, aflora nuevamente este anhelo en páginas que se han vuelto clásicas en la espiritualidad cristiana: “Siento en mí otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. Siento, en una palabra, la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas acciones... Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir sobre un campo de batalla por la defensa de la Iglesia (...) ¿Cómo hermanar estos contrastes? ¿Cómo realizar los deseos de mi pobrecita alma? (...) Como estos deseos constituían para mí durante la oración un verdadero martirio, abrí un día las epístolas de san Pablo, a fin de buscar en ellas una respuesta (...) Leí que no todos pueden ser apóstoles, profetas, doctores, etc.; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no podría ser, al mismo tiempo, mano... La respuesta era clara, pero no colmaba mis deseos, no me daba la paz (...) Sin desanimarme, seguí leyendo, y esta frase me reconfortó: ‘Buscad con ardor los dones más perfectos: pero voy a mostraros un camino más excelente’. Y el apóstol explica cómo todos los dones, aun los más perfectos, nada son sin el AMOR (...) Había hallado, por fin, el descanso (...) La caridad me dio la clave de mi vocación (...) Comprendí que sólo el amor era el que ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia: que si el amor llegara a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el evangelio, los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el AMOR encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el

⁷ TERESA DE LISIEUX, *Obras Completas*, Burgos, Ed. Monte Carmelo, 6ª Edición, 1984, p. 53.

amor abarcaba todos los tiempos y todos los lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno! Entonces, en el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh Jesús, Amor mío! Por fin he hallado mi vocación, ¡mi vocación es el AMOR!”⁸.

Sólo en la medida en que centremos nuestro ser entero en el amor a Dios y al prójimo, y que propiciemos que toda la formación, a lo largo de la vida, tenga clara esta finalidad, lograremos lo que parecía imposible: obtendremos el todo en el fragmento (evocando a Von Balthasar), podremos realizar, en la pequeñez, rutina y “unicidad” de nuestra vida, la totalidad de la vocación cristiana: comprenderemos que en el amor se realiza la paradoja extraordinaria de ser capaces de renunciar a todo y, al mismo tiempo y precisamente por ello, no renunciar, en el fondo, a *nada* de lo que nos permite alcanzar nuestra plena realización, como lo entendió y vivió la pequeña santa del Carmelo...

8. LA FIDELIDAD EN LA ERA POSTMODERNA

Todo lo anterior, en el fondo, trata de dar ubicación y consistencia a nuestra fidelidad consagrada, en el tiempo difícil y fascinante en que vivimos. Ya señalábamos desde el principio que la cultura actual ciertamente no propicia su práctica: incluso, en algunos ambientes, la fidelidad matrimonial es casi una “excepción”.

La motivación bíblica al respecto es inmensa y fascinante. La palabra hebrea que generalmente se traduce como “fidelidad”, *hésed*, connota en primer lugar, sobre todo cuando se aplica a Yahvéh, la *solidez*, la *fuerza*, la persistencia en el tiempo, contrastando con la fragilidad de las promesas humanas. En consecuencia, designa la Alianza, tanto en su vertiente “jurídica”, como sobre todo en la motivación fundamental que la hace posible, a saber: la solidez del amor de Dios. En este sentido, comenta un gran exegeta: “Lo más maravilloso para el pueblo de Israel, no es tanto que Dios lo ame, sino que ese amor sea fiel, duradero, a pesar de todo” (E. Jacob). Hay dos salmos que, en particular, cantan esta *fidelidad* del amor de Dios: el 117 (116) que, en su pequeñez, es una verdadera joya: “¡Alabad a Yahvéh, todas las naciones (...) pues sólido es su amor hacia nosotros, su fidelidad dura por siempre...!”

Asimismo, el “gran Hallel” (136 (135)), no canta tanto el amor divino, sino su fidelidad: “porque su Amor *no tiene fin*”. Esta garantía del Amor de Dios, que es firme, sólido, fiel, encuentra su plenitud en el Nuevo Testamento, en la *nueva y eterna Alianza*.

La vida consagrada es, en su esencia más profunda, alianza nupcial con Dios, y cuenta con la garantía de parte suya; desgraciadamente, el “partner” humano de la Alianza puede fallar; pero aun en tal caso, “El permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo” (2 Tim. 2, 10).

Sería muy enriquecedor enmarcar la fidelidad dentro del “paradigma de la historicidad”. Siendo imposible desarrollarlo aquí, mencionaré algunos aspectos relevantes.

Al principio señalábamos el carácter *permanente* de la formación, el seguimiento e imitación de Jesucristo “hasta la muerte”. Sin embargo, conviene profundizar esta “permanencia”, no vaya a sucedernos como a tantas parejas matrimoniales que viven unidas por “inercia”, aunque haya desaparecido ya el núcleo que daba sentido a su alianza, esto es, el amor. Si partimos de la convicción que “la formación es la respuesta libre a la vocación”, podemos deducir la siguiente conclusión: *sólo puede haber formación permanente, si hay también la “experiencia” de vocación permanente*. El Señor no nos llamó “hace” 10, ó 20, ó 50 años: *nos llama hoy, desde hace 10, ó 20, ó 50 años*. Únicamente esta vivencia gozosa del Dios que nos ama y nos llama,

⁸ Ibidem, 227-230.

puede propiciar una respuesta igualmente gozosa y plenificante de fidelidad. Casi imperceptiblemente, hemos incluido aquí la historicidad, la experiencia, la libertad y la realización personal en Cristo.

Queda, sin embargo, un problema al que la generación actual es particularmente sensible. Es innegable la generosidad con la que muchos muchachos y muchachas se entregan al servicio de los demás, muchas veces en forma total, pero durante un período determinado de tiempo: lo difícil es asumir un compromiso definitivo, pronunciar un “para siempre”, renunciar por principio a toda otra posibilidad alternativa. ¿Y si la vida me presenta otro camino? ¿Y si llego a encontrarme a la mujer/hombre (según el caso) que podría hacerme feliz? ¿Si las circunstancias - lugar, comunidad, trabajo- en que me encuentro ahora cambian radicalmente? Todas estas preguntas coinciden en que hacen depender la fidelidad desde un futuro “ajeno”, del que no puedo disponer. Frente a ello, es necesario subrayar, en todas las etapas de la formación (hasta la muerte), que la auténtica fidelidad no depende de “lo que pueda venir”, sino de lo que yo he decidido, y que cada día renuevo: mi amor fiel al Señor, en la entrega total a mis hermanos.

La fidelidad tiene una característica *típica*, que la distingue de otras virtudes. Podemos compararla, en el campo de las bellas artes, con la *música* frente a la pintura y la escultura: puedo contemplar, en un momento, una bella estatua o un cuadro famoso: pero no puedo escuchar, *instantáneamente*, la Novena Sinfonía de Beethoven o La Flauta Mágica de Mozart: aquí es indispensable su despliegue en el tiempo, su “historicidad”... Igualmente, la fidelidad no puede “realizarse” si no se “despliega”, como experiencia histórica... La fidelidad no tiene miedo al futuro, precisamente porque sólo en él se puede realizar como tal; y sobre todo cuando se trata de la fidelidad del amor y en el amor, se vive en plenitud (*incluso a nivel humano*) sólo en el horizonte del “para siempre”. ¡Es nada menos el mismo Nietzsche quien lo afirma: “Toda alegría pide *eternidad*”. Paradójicamente, lo que parecía ser un riesgo, se vuelve la condición indispensable de posibilidad.

Me gustaría terminar este párrafo con un texto muy hermoso, que sin duda muchos de nosotros hemos escuchado o leído hace ya algunos decenios, que se encuentra en la famosa Carta de Karl Rahner sobre el Celibato sacerdotal. Dirigiéndose a su interlocutor, le pregunta: “¿Qué valor tendrán, en último término, para usted esta cuestión jurídica y todos los pronósticos jurídicos para el futuro, si usted se mantiene fiel a su vida y a sus decisiones fundamentales? En el fondo, ninguno. ¿Me permite usted que me exprese llanamente y con claridad? No aguardo el “futuro”, como aquel mascarón de la catedral de Friburgo, que representa a una anciana monja que está enseñando su último diente para dar a entender que aún estaba a tiempo para casarse. Yo ya he escogido (...) Soy sacerdote. No me he lamentado de ello”⁹ (subrayado nuestro).

9. CONCLUSIÓN

Si terminara esta reflexión con una invitación a relacionar las virtudes teologales con las dimensiones temporales, me imagino que sonaría fuera de lugar e irrelevante. Trataré de mostrar su validez, como conclusión y proyección de futuro.

Dice Cervantes, en el Quijote, que no hay libro, por más malo que sea, que no tenga algo bueno. Aplico esto a una obra que apareció en los años 60, y que es considerada la expresión más radical de la “teología de la muerte de Dios”: El Evangelio del Ateísmo Cristiano, del teólogo americano Thomas J. J. Altizer¹⁰. Acerca de este libro, las críticas más benévolas comentaron, irónicamente, que no era ni evangelio, ni ateísmo, ni cristiano. Sin embargo, hacia el final el autor

⁹ KARL RAHNER, *Siervos de Cristo*, Barcelona, Ed. Herder, 1970, 206.

¹⁰ THOMAS J. J. ALTIZER, *Il Vangelo dell'Ateismo Cristiano*, Roma, Ubaldini Editore, 1969.

lanza un reto (tal es el título del último capítulo), que podemos asumir y que nos permitirá comprender mejor todo lo dicho.

El autor coloca “las virtudes teologales” (sin llamarlas de esta manera) en íntima relación con las dimensiones temporales: la fe con el pasado, la esperanza con el futuro, y el amor con el presente, y establece una alternativa: quien quiere basarse en la fe, se ancla en un pasado anacrónico; quien vive en la esperanza, se aliena refugiándose en un futuro todavía inexistente; es necesario rechazar ambas, para vivir en el continuo presente del amor. A esto se reduciría la vida cristiana, según Altizer; de alguna manera esta misma idea me parece encontrarla en la interpretación postmoderna de la Encarnación del Hijo de Dios en Gianni Vattimo, en su libro *Crear que se Cree*.

Como decía arriba, es sugestiva esta relación entre virtudes teologales y dimensiones temporales, aunque es inaceptable su carácter de “alternativa”: o una, u otra. Al contrario, sólo en su total integración, como triple actitud teologal, y desde una sólida fundamentación antropológica, pueden encontrar su pleno sentido estas tres virtudes. Aun siendo indudable que “lo importante es amar”, es preciso subrayar que *no hay amor cristiano sin fe cristiana y sin esperanza cristiana*: “Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros según el mandamiento que nos dio” (1 Jn. 3, 23).

En vez de quejarnos del tiempo actual, asumamos con confianza en el Señor el reto que nos plantea: sólo desde una fe sólida, que alimenta una “esperanza viva” y se manifiesta en un amor concreto e incondicional a Dios y a nuestros hermanos y hermanas, en quienes reconocemos el rostro del Señor Jesús, podrá ser relevante nuestra fidelidad en la vida consagrada, como lo ha sido en la tradición de nuestros Institutos, a partir de los Fundadores y Fundadoras. Sólo un presente fiel a su pasado y abierto al futuro podrá ser relevante y significativo, en el continuo presente del servicio de Dios y del mundo, por amor.

Un árbol es sano y vigoroso cuando tiene raíces que se hunden en la profundidad oscura de la tierra; cuando su tronco se proyecta hacia las alturas, recibiendo la savia que la raíz le ofrece, y propiciando en sus ramas el surgimiento y maduración de sus frutos. Sin la raíz de la fe que se remite a un pasado histórico concreto y real, sin el tronco de la esperanza que nos lanza hacia el futuro, y sin los frutos del amor, siempre presente, seremos un árbol seco, que más convendría cortar y utilizar para leña o dejar simplemente que se pudra. ¡Pidamos al Espíritu del Señor, con la colaboración materna de María, que vitalice de tal manera nuestros Institutos, que cada uno de ellos constituya un bosque que ofrezca sombra fresca, purifique el aire contaminado que respira nuestro mundo, y produzca en abundancia frutos de salvación para todos nuestros hermanos y hermanas a quienes el Señor nos envía!

CONCLUSIONES DEL TRABAJO DE GRUPO

Francesco Cereda, SDB

En la manera de considerar al ser humano y sus posibilidades hay elementos constantes, que podemos decir constituyen una visión incultural que prevalece. La felicidad y la realización de sí mismo, los deseos y las aspiraciones, los afectos y las emociones son oportunidades y desafíos. Recogemos en una síntesis aquellos elementos antropológicos que, aun siendo desafiantes, son imprescindibles para toda vida consagrada que quiera ser plenamente humana y por lo tanto creíble. Ellos constituyen la base para la fidelidad vocacional.

La Autenticidad

La situación antropológica actual ofrece a la vida consagrada la oportunidad de una nueva autenticidad. La cultura de hoy, de hecho, aprecia la autenticidad. La gente quiere vernos felices. Quiere ver que lo que decimos esté de acuerdo con lo que hacemos y que nuestras palabras son genuinas porque nacen de la coherencia de vida.

La autenticidad es una *oportunidad* que ejerce como palanca o resorte sobre la generosidad y sobre el deseo de fraternidad, sobre el don de sí mismo y el gozo del encuentro, dinamismos muy arraigados, especialmente en los jóvenes, y fuertes para el crecimiento en la vida consagrada genuina y en el amor que se da. Es una oportunidad que estimula y anima a los miembros más ancianos de nuestras comunidades a ser verdaderos modelos atrayentes y provocadores, a vivir el amor por Cristo que les ha inspirado a abrazar la vida consagrada y a entender que tienen un papel que jugar en la formación de las generaciones jóvenes. La autenticidad es una oportunidad que exige atención a la dimensión humana de la persona consagrada y a la vida cotidiana de la comunidad.

La autenticidad es también un *desafío*, porque pide volver a lo esencial, sobre todo superar la funcionalidad que reduce la vida consagrada al rol, al empleo, o a la profesión, envenenando la pasión del don de sí mismo a Cristo y a la humanidad. La autenticidad es un desafío que cada día solicita la conversión y la renovación de nuestra comunidad y la comprensión de los consejos evangélicos como camino para la plena realización de la persona. La autenticidad desafía a la vida consagrada, que cada día es amenazada por la insidia de la mediocridad y de la inercia, por el peligro de confundirse y dejarse arrastrar hacia los valores del “mundo”.

La Libertad

Ser persona quiere decir tener la vida en las propias manos, esto es, decidir lo que se quiere hacer de la propia vida. La libertad es responsabilidad de construirse; es posibilidad; es futuro.

La libertad es *una oportunidad* porque solamente a través de ella se llega a la interiorización de los valores y a la personalización de los procesos de formación y por lo tanto, a la verdadera madurez.

La libertad es también *un desafío* porque es necesario saber conjugar la auto-realización y el proyecto, la auto-formación y el acompañamiento, incluso la dirección espiritual. Es necesario dar a los jóvenes todo el tiempo necesario para crecer y alcanzar la madurez, de acuerdo con su

ritmo; no siempre existe correspondencia y coherencia entre las etapas canónicas y las etapas de la madurez y de la decisión personal. A la ordenación sacerdotal y a la profesión perpetua no siempre corresponde la opción personal, convencida y madura; y por eso son necesarios formadores capaces de dar una formación personalizada.

La Historicidad

El hombre es un ser *in fieri* y la sociedad está en continua evolución. La persona se construye en el tiempo; su autobiografía es el hilo que conecta la diversidad de las experiencias. La narrativa de la propia historia de su vida asegura la propia identidad personal.

La historicidad, por lo tanto, *es una oportunidad* porque nos hace reconocer que nuestra vida es un camino y nuestra formación es un proceso que nunca termina. La vida es la realización de sí mismo y la construcción de sí. La vida es una música continua, que se extiende entre la formación inicial y la formación permanente. Los cambios de la sociedad impulsan a la vida consagrada a una renovación y adaptación continuas; la invitan a volver a decir o contarse de nuevo a sí misma con el lenguaje del hombre de hoy.

La historicidad es también un *desafío* porque exige que la formación, en cuanto es permanente, anime y oriente la formación inicial. No se suficiente apuntar hacia los jóvenes y su formación; es necesario poner en movimiento a la comunidad y al Instituto, animando a todos los miembros a vivir “el primer amor”, la pasión vocacional que tenían al principio de su vida consagrada. El camino de la propia vida corre el riesgo también de replegarse de manera narcisista sobre sí mismo y de cerrarse en posición intimista. En un mundo que cambia y que no tiene centro, lo que domina es el fragmento; la formación entonces, debe servir para unificar a la persona y centrarla en lo esencial, que es el seguimiento de Cristo.

La Experiencia

Hoy es necesario superar una formación intelectualista, que pretende interiorizar contenidos vitales sin hacer la experiencia de ellos. Existe un grande deseo de experiencias, se buscan las experiencias más emocionantes; se desea hacer las propias experiencias.

La experiencia es *una oportunidad* porque cuando se aprende de la vida, la formación se hace más personalizada, concreta y profunda. Esta es necesaria para todos, no sólo para los jóvenes. Aun los hermanos adultos tienen necesidad de una experiencia fuerte y auténtica de Dios, del carisma, de los pobres, de las relaciones fraternas y de comunicación.

La experiencia es también un *desafío* porque la experiencia puede convertirse en fin de sí misma, mientras en vez se debería hacer la experiencia de los valores. Las diversas experiencias pueden ser fragmentarias y desunidas; por lo tanto, es necesario la ayuda del director espiritual, que facilite la unificación de las experiencias y promueva la interiorización de los valores. No se trata de hacer muchas experiencias, sino de elegir pocas y bien preparadas, experiencias fuertes, que requieren una atención pedagógica para que las *experiencias* se conviertan en *experiencia*.

Las Relaciones humanas y la afectividad

En la cultura actual se siente una grande necesidad de relaciones humanas auténticas. En los jóvenes existe una sed intensa de fraternidad y de amistad, de relaciones informales y

afectuosas: pero también los adultos buscan relaciones enriquecedoras y significativas. Para que la vida fraterna pueda ser profecía, debe tener algo que decir sobre la capacidad de la persona consagrada de tejer relaciones profundas y auténticas; y esa vida debe ser atrayente en su rostro humano.

El deseo de encuentro constituye ciertamente una *oportunidad* porque encaminarse hacia la profundización en las relaciones humanas, personaliza la fidelidad y hace posible invitar a otros a entrar en una verdadera relación de autenticidad y comunicación, pero sobre todo, de amor y de compromiso con la persona de Jesucristo. La fraternidad lleva a prestar una mayor atención a los aspectos cotidianos de vivir juntos. Las personas consagradas sienten también la necesidad de cuidar los afectos y de extender las relaciones fuera del círculo de la comunidad.

La fraternidad, también constituye un *desafío* porque es necesario apuntar hacia la conversión y hacia la renovación de nuestras comunidades. ¿Qué ambiente humano encuentra el joven candidato en nuestras comunidades y qué comunicación encuentran los hermanos adultos? Se trata de un desafío que presenta el problema de cómo “regenerar” las comunidades, especialmente cuando envejecen. Es un desafío porque no es fácil encontrar formadores equilibrados y capaces de acercamiento personal, que saben evitar el individualismo e ir más allá de lo privado, que puedan ofrecer un acompañamiento sabio personal y una dirección espiritual adecuada. Es difícil, pues, construir el equilibrio emocional y afectivo en las propias relaciones y en la propia experiencia vivida.

La Renuncia

La renuncia forma parte de la vida y, por lo tanto, también de la vida consagrada. Cuando esta se asume positivamente, entonces se convierte en una experiencia liberadora y enriquecedora. No se puede elegir todo, aunque si el que vive lo hace por amor y elige el amor, vive una experiencia totalizadora.

La renuncia es una *oportunidad* para vivir nuestra vida consagrada de manera auténtica y para hacer de ella una verdadera “terapia espiritual” para la humanidad. Ella purifica y hace verdadero el amor y lo humano.

La renuncia es también un *desafío* porque la vida consagrada ofrece un camino privilegiado de vida, ahorrando frecuentemente a la persona consagrada los problemas y la fatiga de la vida normal. Por ejemplo, la tentación consumista, la vida confortable, el bienestar, los viajes y el poseer personalmente medios, y esto afecta a todos los consagrados en todas las culturas. Es necesario volver a lo esencial en nuestra vida y en la estructura. Para los jóvenes, sobre todo, pero no sólo para ellos, la renuncia puede causar problema. Debemos ayudarles a comprender que no se trata de sacrificar algo, sino de elegir algo, más bien, a alguien: al Señor Jesús y su seguimiento. En esto hay completa libertad, gozo y realización. Esto significa permitir que Jesús entre en nuestra vida y ocupe en ella el primer sitio; significa estar libres de condicionamientos que pueden impedirnos hacer y vivir esta opción radical.

La Fidelidad

La fidelidad es la consecuencia de la opción que la persona consagrada hace por Dios, suscitando en su vida el fuego de la pasión por Él y por el Señor Jesús, hasta el ofrecimiento de la propia vida para siempre.

La fidelidad es una *oportunidad* porque siempre hace más profunda y personaliza la relación con el Señor Jesús y con su Reino. Ello permite afirmar a Dios como el valor absoluto y permanente, que permanece firme en el vórtice de los cambios culturales. Ayuda a ver el mundo con ojos positivos y a recorrer las varias experiencias de fidelidad en la familia, en la comunidad y en la Iglesia como acción del Espíritu en la historia. Permite también ver el sentido de los sacrificios que la persona consagrada está llamada a hacer y a valorizar.

La fidelidad es también un *desafío* porque es una sacudida de la situación fragmentada y fugaz de la cultura. en este sentido tiene necesidad de ser constantemente acompañada de forma personal y comunitaria, para pasar del narcisismo a morir a sí mismo en el seguimiento de Cristo. Por otra parte, la fidelidad no puede permanecer sólo a nivel de concepto; debe ser una fidelidad viva, de encuentro con Cristo que afecte a toda la persona y lleve al consagrado de las “experiencias” fragmentadas a la “experiencia” fundamental. La fidelidad de la persona consagrada es un desafío permanente que debe profundizarse y que se traduce en la pregunta cotidiana: ¿A quién soy fiel? La fidelidad requiere la creación de comunidades fieles que generen fidelidad, que ayuden a pasar de la superficialidad a la raíz profunda de la fidelidad, que construyan y renueven la fidelidad carismática y que conozcan el camino y la dinámica de sus procesos. La cultura dominante considera la fidelidad como una realidad que no puede durar toda la vida, pero que puede existir sólo como fidelidad “a tiempo”; y por esto en la vida consagrada con frecuencia se vuelve a la pregunta si y cómo considerar la posibilidad de asumir algún tipo de compromiso temporal.

La Post-modernidad

Para que la vida consagrada pueda ser profecía para el mundo post-moderno, debe suscitar fascinación y hacer redescubrir su belleza.

En general el confrontarla con la cultura post-moderna es una *oportunidad* para proponer los valores de la vida consagrada como estímulo, purificación y alternativa a los valores del mundo: por ejemplo, la fidelidad en una cultura que presume o se jacta de ser infiel; la vida de fe en una sociedad sin ninguna referencia a los valores religiosos; el optimismo y la esperanza en un mundo lleno de miedos. Y también es una oportunidad para orientar la generosidad de los jóvenes, su sed de fraternidad, su deseo de la propia realización, su búsqueda de Dios.

Respecto a la cultura post-moderna es también un *desafío* porque los medios prometen una felicidad atrayente pero falsa. A nosotros nos toca ofrecer, sobre todo a los jóvenes, una experiencia personal y auténtica de Cristo y demostrar con palabras y hechos que la vida consagrada favorece la realización plena de la persona. Se necesita una nueva actualización carismática, profética y creíble; al mismo tiempo, es necesario un equilibrio nuevo entre el carisma en toda su frescura de renovación y en sus expresiones históricas.

El Multiculturalismo

Vivimos en un mundo que se convierte siempre más en una “aldea planetaria”: del individualismo cultural se está pasando al encuentro, no exento de resistencias, de los diversos mundos culturales. Es un mundo caracterizado por la globalización, por la rapidez de los cambios, por la complejidad, fragmentación y secularización. La persona consagrada ve en todo esto la acción del Espíritu de Dios que en las situaciones más diversas obra donde quiere, como quiere y cuando quiere.

El multiculturalismo es una *oportunidad* porque favorece la solidaridad, la acogida de la diversidad, las experiencias del voluntariado, la empatía hacia los pobres, el respeto ecológico, la búsqueda de la paz. Favorece también la internacionalización y la experiencia de universalidad de las comunidades de vida consagrada, como disponibilidad para el servicio donde se requiere. Favorece en las generaciones jóvenes los dinamismos de conocimiento, de acogida al diálogo. De esta manera se enriquece el carisma.

La diversidad cultural es también un *desafío* porque es difícil para la mayoría de las personas consagradas adultas entrar en la experiencia multicultural. Surge la necesidad de repensar el lenguaje y la manera de transmitir los valores entre los mundos antropológicos distantes y extranjeros. Formar a la fidelidad en un mundo que cambia constantemente y que es culturalmente multidimensional y hacer posible una vida de fe en una sociedad que no tiene referencia a los valores cristianos hacen ardua la tarea formativa que debe estar abierta a experiencias interculturales.

La riqueza y diversidad de lo humano posible hoy ofrece grandes oportunidades para una valorización, juntamente a tareas formativas nuevas para la vida consagrada. Esto no hace vano el aporte determinante de la gracia y del Espíritu que actúan precisamente en los dinamismos psicológico y antropológico de la persona. La formación por lo tanto debe estar atenta a secundar o apoyar al Espíritu, precisamente comenzando por estas expresiones de lo humano para llevarlo a su madurez y plenitud.

FORMAR A LA VIDA EN PLENITUD PARA PREVENIR LOS ABANDONOS Y REFORZAR LA FIDELIDAD

*José Rodríguez Carballo, OFM
Ministro general OFM*

El fenómeno de los abandonos en la vida consagrada continúa, y justamente, preocupándonos. Actualmente ya no podemos limitarnos sólo a los datos -a menudo desoladores y constantes-, ni siquiera a los análisis. Queremos, porque sentimos la necesidad, preguntarnos cómo afrontar esta situación, dejando que ella interrogue nuestra calidad de vida, de seguimiento radical del Señor, y, por lo tanto, nuestra formación. Queremos dejarnos interrogar porque reconocemos que los abandonos tocan muy de cerca nuestra vida y misión de religiosos y consagrados.

Las lecturas que podemos hacer de los abandonos son múltiples. Entre otras, podemos leer los abandonos, por una parte, como el síntoma de un problema que queremos reconocer y llamar por nombre, y por otra, como una invitación a evaluar seriamente las opciones de valores y pedagogías en nuestros itinerarios de formación permanente e inicial.

Con esta reflexión me propongo, intencionadamente, ofrecer, sin detenerme en demasiados ejemplos prácticos, algunas orientaciones para formar a una vida en plenitud y, de este modo, en la medida de lo posible, prevenir los abandonos y reforzar la fidelidad. Como no podría ser de otro modo, considero como presupuesto que las indicaciones ofrecidas se encarnen después en opciones concretas de animación en la formación permanente y en las distintas etapas de la formación inicial.

En cuanto a la formación permanente recuerdo, sólo a modo de inventario, la importancia del acompañamiento personalizado, teniendo en cuenta las distintas fases de la vida, con una particular atención a los primeros años después de la Profesión solemne o perpetua¹¹, y la correspondiente inserción en las comunidades locales y en el ministerio apostólico. En relación con la formación inicial subrayo la importancia de evaluar las distintas etapas, apuntando de forma particular a la personalización del método y los itinerarios. Además, considero importante una clara opción por el acompañamiento personal y por la dimensión «práctica» de la formación integral, así como la necesidad de cuidar la calidad de los estudios, como recurso intelectual y también espiritual, que ayudará a la fidelidad vocacional a lo largo de los años.

1. Los abandonos, ¿un problema al que debemos estar más atentos?

La disponibilidad para leer el fenómeno de los abandonos como señal de un problema interno a la vida consagrada hoy, no puede ser consecuencia de un complejo de culpabilidad por parte nuestra, sino de una posibilidad de auto-formación a través de situaciones delicadas y difíciles. Debemos reconocer que la salida de un religioso de su Orden o Instituto no es algo que deba ser considerado solamente en el ámbito de lo privado, sino que debería tocar muy desde dentro a toda la comunidad.

¹¹ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 1996,71.

Ante el abandono de uno de los nuestros deberíamos preguntarnos: ¿Por qué uno de nosotros en un determinado momento da por terminado un proyecto de vida que no sólo hizo suyo durante años -a veces muchos años-, sino que frecuentemente lo vivió con mucha generosidad? ¿Qué dice a nuestra comunidad un hecho semejante? ¿Puede esto ayudar a iluminar algunos aspectos para una evaluación y una recuperación? Habitualmente entre nosotros se cierra el tema de los abandonos como un problema exclusivo del individuo.

Esta perspectiva debe ser superada. Ninguno de nosotros es una isla. Cada uno está íntimamente ligado a los otros. Desde una visión antropológica genuinamente cristiana, la persona, es capacidad de relación, más aún, la persona es un ser *en relación*. Lo que le sucede a cada individuo interesa, provoca y pone en cuestión el contexto en el que se encuentra. Es desde el interior de esta capacidad de relación que miramos a la persona como misterio, como «*ser para el otro*»¹². Vista así la persona no nos asombramos de que el aspecto personal y relacional estén íntimamente unidos, hasta el punto de iluminar la misma dimensión trascendente de la persona. De hecho, como afirma Lévinas, «*la dimensión de lo divino se abre a partir del rostro humano*»¹³. Esta perspectiva es también proféticamente actual, en un tiempo de conflicto y de afirmaciones unilaterales de identidad: «*En la edad futura -el tercer milenio- el otro y su rostro, deberá transformarse en el término comprensivo de todo, bíblicamente es el prójimo, y se desarrollará entorno a él, una cultura de paz, comenzando a despuntar, finalmente, el Evangelio*»¹⁴.

A la luz de estas consideraciones, mi convicción es que el fenómeno de los abandonos puede proporcionarnos elementos válidos para leer con sabiduría, sin caer en la emotividad del momento, algunos aspectos de la vida consagrada hoy, que sin duda continúa atravesando «*un periodo delicado y duro [...]no exento de tensiones y pruebas*», y desde el cual parece arduo vislumbrar la otra orilla, aunque no por ello falto de «*esperanzas, proyectos y propuestas innovadoras encaminadas a reforzar la profesión de los consejos evangélicos*»¹⁵. Debemos aceptar permanecer en una situación de este tipo, sin la prisa de encontrar soluciones para escapar, porque es allí que está escondida para nosotros la palabra que el Señor nos dirige en este tiempo. Sin la ascesis de una tal permanencia, encontraremos solo palabras parciales, de breve duración, sin la vitalidad del Espíritu que anima y hace creativa nuestra inteligencia y nuestra voluntad¹⁶.

Queremos ser plenamente conscientes de este tiempo para la vida consagrada que «*está viviendo días en que el Espíritu del Señor genera una nueva realidad, difícil de llamarla por su nombre... En la vida consagrada de hoy, es muy fácil mostrar lo que no corresponde y hace sufrir mucho, lo que ya no es poco. Pero mucho más difícil es identificar la verdadera semilla que producirá signos reales de vitalidad. Esta última es una tarea ineludible*»¹⁷.

No nos preguntamos, entonces, sobre el fenómeno de los abandonos con la ingenua pretensión de encontrar recetas fáciles para salir del problema. Lo hacemos más bien para dejarnos purificar e iluminar en una hora de grande prueba para nosotros, y, por lo tanto, con confianza en las grandes posibilidades.

En esta perspectiva, propongo tres posibles ámbitos de problemas denunciados también por el fenómeno de los abandonos. El primero hace referencia a la cuestión de la identidad de la

¹² Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 7.

¹³ LÉVINAS Emanuel, *Totalidad e Infinito*, p. 76.

¹⁴ MANCINI Italo, *Tornino i volti*, ed. Marietti, p. 69.

¹⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consacrata*, 1996, 13.

¹⁶ Cf. TODISCO Orlando, *Lo stupore della ragione. Il pensare francescano e la filosofia moderna*, Padova 2003, 132 ss.

¹⁷ Cf. ARNAIZ José M., «Discernere per iniziare una nuova tappa. Il Congresso mondiale della vita consacrata» en *Vita Consacrata* 2004/5, 454.

vida consagrada, el segundo a la diferencia entre las afirmaciones teóricas y la calidad de nuestra vida ordinaria, finalmente, el tercero, a la fragilidad personal e institucional.

1.1. La identidad carismática de la vida consagrada

No es este el lugar para reflexionar sobre la cuestión de la identidad de la vida consagrada. Me limito solo a recordar cuestiones centrales de la identidad carismática de la vida religiosa, hoy más urgentes que nunca. Nos damos cuenta, en efecto, que ante la evidente crisis no es suficiente la teología, el análisis social y ni siquiera la espiritualidad. Estamos, me parece a mi, demasiado preocupados por contener la crisis de nuestras instituciones *ad intra*, y no tanto por alimentar la tensión propia del Espíritu que nos impulsa hacia el futuro¹⁸, a osar más, desde la escucha de la palabra de Dios y la lectura de los signos de los tiempos¹⁹. La crisis evidente, y nuestras preocupaciones, nos dan a entender que debemos dar un paso más, para no permanecer prisioneros de nuestros análisis y de nuestras defensas. La identidad carismática la recibimos como un don siempre nuevo del Espíritu de Dios, que actúa en la vida de cada uno, en la historia de la Iglesia, del mundo, y de nuestra comunidad. Un don que debe ser pedido a Dios, disponiéndonos a recibirlo. La identidad de nuestra forma de vida no es tanto un dato estático que debamos defender, sino más bien un evento siempre nuevo que nunca poseemos del todo.

La escucha y el conocimiento directo de muchos casos de abandono, como también la frágil pertenencia de los que permanecen a pesar suyo, nos pueden ayudar a evaluar la crisis de identidad, que no está tan sólo relacionada con un hecho intelectual o de confusión en torno a la *ortodoxia* de la vida consagrada, sino más bien con el esfuerzo de dirigir la identidad carismática, dentro de la apertura constante al Espíritu que actúa en nuestra historia. Para algunos de nosotros en un determinado momento las preguntas *¿quién soy? ¿quiénes somos?* se tornan inconsistentes e incapaces de sostener las exigencias del seguimiento de Cristo en la vida consagrada. Junto a la *ortodoxia* está entonces comprometida también –y yo diría sobre todo–, la *ortopraxis*²⁰, en el sentido de un significado vital y capaz de motivar una opción radical y definitiva en tiempos de fragmentación, en tiempos brevísimos y siempre precarios.

1.2. El abismo entre teoría y práctica

Una de las señales de la crisis de identidad, que toca directamente sobre todo a la formación permanente, es el abismo enorme entre el esfuerzo teórico (teología, documentos oficiales, pasos de refundación...), la verdad práctica de nuestro seguimiento de Jesús, y la creatividad concreta de formas de vida que respondan a nuestro tiempo.

Es verdad que es difícil pedir a grupos sociales como los Institutos religiosos permanecer a la altura del seguimiento de Jesús. Es necesario, sin embargo, trabajar sobre las motivaciones y los estímulos de cada uno, de los pequeños grupos, que puedan recomenzar desde el centro de nuestra opción de vida que es el Evangelio, nuestra regla suprema e inspiración de vida, para estar en el presente, a partir del futuro, y no del pasado²¹.

Este abismo se transforma en algo particularmente problemático, al concluirse la formación inicial, a menudo realizada en ambientes muy «protegidos», para pasar a la vida y a los servicios ordinarios de las comunidades locales. Es frecuente no encontrar el tipo de vida al que apuntó la formación inicial. Parece especialmente difícil recuperar el impulso y el entusiasmo de

¹⁸ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 1996, 110.

¹⁹ cf. GARRIDO Javier, *Identidad carismática de la vida religiosa*, Frontera Hegian 43, Vitoria/Gasteiz 2003, 9-17.

²⁰ cf. BINI Giacomo, *L'Ordine oggi, riflessioni e prospettive*, Roma 2000, III, 1, 27-28.

²¹ Cf. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 2001, 3.

hombres y mujeres apasionados por Cristo y por el hombre, alegres de vivir hoy y no ayer su vocación, dotados de un profundo sentido eclesial, para responder a una vocación que no les pertenece, como si se tratara de algo privado, sino como un don y un signo para el bien de todos. Límites personales y comunitarios, infidelidad o falta de respuesta vocacional, miedos y cerrazón en sí mismos, peligran de hacer más grande el abismo mencionado y debilitar nuestra significatividad hoy²².

Este abismo debilita ulteriormente opciones, ya de por sí frágiles, sobre todo desde el punto de vista de la madurez humana y de las opciones de fe. A menudo este debilitamiento es silencioso y se manifiesta solo cuando las decisiones ya han sido tomadas y apenas... ¡comunicadas a los responsables! ¿No será también esto consecuencia de ambientes fraternos donde la comunicación es demasiado débil y funcional, no siempre capaz de tocar y provocar los afectos? En efecto -como recuerda la Instrucción *La vida fraterna en comunidad*- «*La falta y la pobreza de comunicación genera habitualmente un debilitamiento de la fraternidad a causa del desconocimiento de la vida del otro, que convierte en extraño al hermano y en anónima la relación, además de crear verdaderas y propias situaciones de aislamiento y de soledad [...]. Hay que afrontar el problema explícitamente: con tacto y atención y sin forzar las cosas; pero también con decisión y creatividad, buscando formas e instrumentos que puedan permitir a todos aprender progresivamente a compartir, en sencillez y fraternidad, los dones del Espíritu, a fin de que lleguen a ser verdaderamente de todos y sirvan para la edificación de todos* (cf. 1 Co 12, 7)»²³.

1.3. Fragilidad personal e institucional

Sobre todo en el mundo occidental, pero por lo que yo conozco no sólo en él, es innegable que la vida consagrada vive un momento de debilidad institucional y personal, ligado a múltiples factores, tales como: el imparable envejecimiento, la escasez de nuevas vocaciones, el problema de dejar o de renovar estructuras y obras, etcétera.

Estas y otras situaciones no nos permiten concretar lo que con tanto acierto logramos poner por escrito en nuestros documentos oficiales: una calidad aceptable de vida de fe, de fraternidad, de misión, y la unión entre aquello que decimos y lo que hacemos. Sufrimos también, con todo esto, una crisis de *verdad*. Sin duda, la altura de los principios proclamados y de nuestras intuiciones motiva y sostiene vocaciones, que después no encuentran siempre la posibilidad de vivir según aquellas exigencias. Y de nuevo nos encontramos con la fragilidad personal que hace venir a menos opciones, a menudo privadas de un contexto comunitario en grado de sostenerlas. Si una vez era posible formar personalidades autónomas y fuertes, capaces de afrontar todas las dificultades, hoy debemos reconocer la necesidad de formar para vivir, no como navegadores solitarios, sino como personas capaces de entrar en relaciones, de compartir y colaborar con los otros, además de ponerse en juego personalmente en las relaciones y en el trabajo. Es un paso importante éste que acabamos de señalar, y que constatamos todavía incompleto y por lo tanto también motivo de dificultad en la perseverancia vocacional y en la calidad de vida de quien permanece.

Una consecuencia de la fragilidad institucional es también la de comunicar mucha incertidumbre en relación con el futuro de nuestras comunidades, y de la misma vida consagrada. Debemos tener claro que mientras toda la formación es un laboratorio en el que anticipamos el futuro, somos también llamados a proponer, no un proyecto de vida en continua discusión y

²² cf. «*Congresso Internazionale della Vita consacrata, Documento di lavoro*», 45-51, en *Passione per Cristo passione per l'umanità*, Milán 2005, 38-40.

²³ CIVCSVA, *La vida fraterna en comunidad*, 1994, 32; cf. Pablo VI *Evangelica Testificatio*, 1971, 39-40.

reelaboración, sino una forma de vida clara y viva, seguida de un proceso continuo de crecimiento, que presente una visión de futuro, sobre todo en los años de la formación inicial²⁴.

De esta manera, relacionar el fenómeno de los abandonos a algunas situaciones de malestar interno a la vida consagrada -y se podrían enumerar muchos otros- lejos de cerrarnos en nosotros mismos, nos debería conducir a una lectura auténtica y humilde de nosotros, de nuestra vida y misión. Tiempos de crisis como el nuestro, son tiempos en que la acción de Dios, de su Espíritu, se hace más fuerte, precisamente porque es más invisible, débil y necia según el mundo. ¡Son estos los tiempos en que el primado de Su salvación puede brillar con más fuerza, y donde la exigencia del primado del creer sobre el hacer puede transformarse en algo todavía más determinante! Nuestras mismas fragilidades pueden ser, paradójicamente, algo de gran ayuda y orientación, desde la relativización de lo que no es esencial, para mirar decididamente más allá. Tal como lo afirmó claramente la Instrucción *Caminar desde Cristo*: «Las dificultades y los interrogantes que hoy vive la vida consagrada pueden traer un nuevo kairós, un tiempo de gracia. En ellos se oculta una auténtica llamada del Espíritu Santo a volver a descubrir las riquezas y las potencialidades de esta forma de vida»²⁵.

2. Las opciones de los itinerarios de formación permanente e inicial

La segunda parte de mi reflexión quiere ir en esta línea que acabo de señalar, la de ayudarnos a mirar más allá. Pero, precisamente por ello, no pretendo presentar el camino de cómo *prevenir* los abandonos o las pertenencias frágiles y sin motivación, pretensión que por otra parte considero inútil, pues abandonos los habrá siempre y pertenencias frágiles y sin motivación también. Mi pregunta, en cambio es: ¿qué necesitan nuestros itinerarios formativos –de formación permanente y de formación inicial-, para garantizar una fidelidad dinámica y creativa, capaz de responder a la llamada propia de la vida consagrada en tiempos como los nuestros, asumiendo con fe y lucidez los desafíos?

Por comodidad parto del triple nivel de madurez: humana, cristiana y vocacional, que debe ser tenido muy en cuenta en cualquier propuesta formativa. Una distinción más didáctica que real. En el sujeto concreto, de hecho, encontramos estas tres dimensiones siempre unidas entre ellas, casi “confundidas” una con la otra. Ya el documento *Potissimum institutioni* afirmaba que «la formación integral de la persona comporta una dimensión física moral, intelectual y espiritual»²⁶. Miramos, por tanto, a la persona en camino hacia la plena madurez de sí, incluyendo el nivel humano, cristiano y vocacional²⁷.

Pero, cuando hablo de madurez, más que considerarla como una meta final, la veo como un continuo sucederse de etapas de crecimiento, que comportan un trabajo de orientación y de cumplimiento progresivo en el paso de una fase a otra, también a través de la integración de las situaciones críticas que la persona afronta habitualmente en su vida.

Teología y ciencias de la educación, desde un fecundo diálogo entre ellas, pueden ayudar de manera nueva a integrar este único camino de *formación hacia la madurez*. Un camino que tiene necesidad, desde la vertiente práctica, de la proyección de un itinerario de crecimiento y madurez humano-cristiana, que ayude a las personas consagradas a confrontar las opciones

²⁴ LESPINAY G., *Être formateur aujourd'hui. La formation à la vie religieuse*, Montreal 2002, 157-158.

²⁵ CIVCSVA, *Caminar desde Cristo*, 2002, 13.

²⁶ CICSVA, *Potissimum institutioni*, 1990, 34.

²⁷ cf. para lo que sigue G. Crea, *Gli altri e la formazione di sé*, Bologna 2005.

operativas conscientes, con los objetivos y los contenidos profesados. Subrayo aquí la importancia del instrumento del *proyecto personal y comunitario o fraterno de vida*, entendido dinámicamente como ayuda para un tal camino de *formación hacia la madurez*.

Desde este punto de vista, en cada edad y en cada experiencia de vida también el religioso se encuentra en un estado de «camino hacia la madurez» propio, porque «*la vida misma está en permanente proceso de desarrollo. No se mantiene estable. Tampoco el religioso es llamado y consagrado de una vez para siempre. La vocación de Dios y la consagración por El, continúan a lo largo de la vida, capaces de crecimiento y ahondamiento, en formas que van más allá de nuestro entender*»²⁸.

Así entendida, la madurez varía según la edad, la estructura psíquica de las personas y también de acuerdo a las culturas. Ella permanece como una meta que cada uno alcanza en el tiempo y en el espacio de la propia vida, entendida como tarea a realizar en cada etapa del propio desarrollo vital, «*un modo específico de ser, de servir y de amar*»²⁹.

Es importante reafirmar la necesidad de afinar los componentes dinámicos del crecimiento en un *contexto comunitario y fraterno adecuado*, porque la fraternidad donde vivimos se transforma en un «ambiente natural del proceso de crecimiento de todos, donde cada uno se hace corresponsable del crecimiento del otro»³⁰.

Desde esta visión dinámica de la *formación hacia la madurez* podemos encontrar un camino para releer nuestros itinerarios formativos y consolidarlos, sobre todo para favorecer el cambio de mentalidad de una visión estática de fidelidad, a una creativa y dinámica.

2.1. Núcleo de la madurez humana

A mi parecer, los itinerarios de formación permanente e inicial deben cualificarse mejor para poder así acompañar en una *formación hacia la madurez*, sobre todo en tres ámbitos: la afectividad y las relaciones, el hábito al trabajo constante y creativo, y la elaboración de las frustraciones.

El mundo de la afectividad y de las relaciones debe ser sin duda cuidado de manera particular, a través de una clara opción por la *formación interpersonal*. No formamos individuos autosuficientes, sino personas capaces de estar en relación y de crecer al interno de ella. En este ámbito será importante habituarnos y habitar al método autobiográfico: la relectura de la propia historia de manera nueva abre las partes oscuras de nosotros mismos hacia nuevos caminos de crecimiento, y permite reconocer en la propia vida los signos de la presencia del Señor y de su llamada. La relectura de la propia vida, conduce, también, a un *aprendizaje autobiográfico*. La experiencia, que el individuo tuvo, o se construyó, se transforma en un «libro» desde el cual el sujeto se enriquece, agregándole nuevas páginas constantemente³¹. Será posible reconocer entonces los signos buenos y los de crisis, los síntomas de los momentos difíciles y los dones a fructificar.

A menudo la incapacidad de un tal aprendizaje *desde la vida y para la vida*, genera la crisis que se derivan del descubrimiento de las partes inexploradas de sí mismo, y que provocan miedo e incapacidad de leer juntos los eventos y las situaciones del pasado en perspectiva de

²⁸ CIVCSVA, *Elementos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre la vida religiosa en los institutos dedicados a obras de apostolado*, 1983, 44.

²⁹ JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, 1996, 70.

³⁰ CIVCSVA, *La vida fraterna en comunidad*, 1994, 43.

³¹ cf. DEMETRIO D., *Manuale di educazione degli adulti*, Bari 2003, 8.

futuro. A menudo, también, las crisis de perseverancia vocacional vienen de estas situaciones, en las cuales las personas se bloquean y no logran tener juntas las varias dimensiones de su historia y la de su realidad profunda. El camino del abandono aparece entonces como el más fácil.

El hábito al trabajo constante y creativo me parece un capítulo muy importante en la formación hacia la madurez. La persona se expresa a sí misma en la obra de sus manos, de su inteligencia y voluntad. El trabajo, también manual y no solo intelectual, plasma la persona, la revela y la ayuda a madurar. Le permite permanecer con los pies en la tierra, y madura la capacidad de quedarse en contacto con la realidad. Le permite también conocer mejor sus propios límites, afrontar y superar dificultades e imprevistos, educar el sentido de responsabilidad y de participación del propio trabajo con los otros, formar a la constancia cotidiana, frecuentemente escondida y pobre de gratificaciones. Quizás nuestros itinerarios no siempre tienen suficientemente en cuenta esta dimensión, que junto a todas las otras, puede ayudar a la persona a crecer de modo más armónico, también para afrontar en el camino de las distintas etapas de crecimiento los obstáculos que se presentan. Ya Pablo VI recordaba como *«un aspecto esencial de vuestra pobreza será aquello de afirmar el sentido humano del trabajo, desarrollado en libertad de espíritu y restituido a su naturaleza de medio de sustentamiento y de servicio»*³².

La elaboración de las frustraciones es otro aspecto muy importante. Desde la infancia, la vida reserva para cada uno experiencias límites que nos ponen en cuestión, dañan la imagen personal y social que tenemos de nosotros mismos, impiden tener todo lo que queremos y como lo queremos, etcétera. Si las frustraciones no son reconocidas, llamadas por nombre, afrontadas y reelaboradas, se transforman en un verdadero y propio veneno, que no permite a la persona afrontar los pasajes específicos a los distintos ciclos de la vida.

Las experiencias de frustraciones son muchas también en el curso de la vida consagrada. Basta pensar en el ámbito de la vida fraterna, en comunidad, y de los distintos ministerios. Una elaboración insuficiente o inexistente de las frustraciones, está sin duda a la base de muchas crisis y de muchos abandonos, sobre todo después de los primeros años de actividad apostólica.

En este contexto creo que es importante que la formación, desde los primeros años, sea exigente –que no rígida-, de tal forma que haya una progresiva integración entre la exigencia evangélica de radicalidad y el respeto de la libertad original de la persona. Ha de ser también experiencial, es decir que logre, progresivamente, traducir en vida lo que se aprende. Por otra parte, ha de llevarse a cabo en clima de responsabilidad y de libertad, conscientes que uno sólo es realmente libre si asume la responsabilidad de llevar adelante su proyecto vocacional como persona y, en nuestro caso, como consagrados. La experiencia nos dice que una formación demasiado preocupada por que el candidato “se sienta bien”, una “formación de invernadero”, o una formación demasiado “cerrada” no ayuda a afrontar las dificultades propias de todo camino humano, cristiano y religioso.

2.2. Núcleo de la madurez cristiana

La centralidad de la experiencia de fe, entendida como encuentro personal con el Señor, y de viva amistad con Él, es esencial para la vida consagrada. Es un peldaño que no puede ser nunca saltado o un aspecto que no puede ser nunca ignorado. En tiempos de escasa transmisión de la fe en familia y en la comunidad cristiana, como los nuestros, se requiere prestar mucha atención a una verdadera y auténtica iniciación cristiana. El fenómeno de las así llamadas «conversiones» que llegan en tiempos relativamente breves a la vida consagrada, aumenta la exigencia de un crecimiento más orgánico en la vida de fe, especialmente en relación con la dimensión eclesial.

³² PABLO VI, *Evangelica Testificatio*, 1971, 20.

De la experiencia de fe recuerdo aquí los pilares que considero fundamentales: la escucha obediente de la Palabra de Dios contenida en la Escritura, en la vida y en los otros; la vida sacramental, especialmente la Eucaristía, celebrada, adorada y vivida, y la Reconciliación, como instrumento privilegiado para el encuentro profundo con uno mismo y con el amor salvífico de Dios. Ante el resurgimiento de un cierto «devocionismo» parcial que tiende a aislar los contenidos de la fe cristiana de las grandes referencias, es necesario formar a una experiencia integral de fe, anclada a los fundamentos y vivida en el contexto de la Iglesia y en comunión afectiva y efectiva con ella, por ser la Iglesia el lugar en el que la fe es testimoniada, anunciada y recibida; el lugar donde madura y crece.

Si los motivos de los abandonos o de las pertenencias frágiles son muchas veces reconducibles a motivaciones ligadas a la dimensión afectiva y relacional, no podemos negar que la escasa interiorización de una auténtica experiencia de fe, especialmente en clave personal, influye con fuerza, e incluso creo poder afirmar que decisivamente, en la opción de muchos de abandonar la vida religiosa. Es como si a muchos, al afrontar las diversas dificultades de la vida, que necesariamente tienen que llegar, les faltara la tierra bajo los pies. En ese caso todo se viene abajo. La fe, en cambio, sostiene y motiva a permanecer fieles a la respuesta dada ante la llamada divina, permitiendo a nuestra dimensión humana florecer mejor, según el deseo y el proyecto de Dios inscrito en nuestra historia.

A la madurez de la fe pertenece también una importante conciencia misionera, que debe ser profundizada y alimentada durante todo el proceso formativo hasta hacerla realmente propia, para evitar el riesgo de una vida consagrada demasiado limitada en las necesidades y las expectativas del individuo. Como lo recordaba Pablo VI: *«Los religiosos, también ellos, tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz. A través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo Absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es de esta santidad de la que ellos dan testimonio. Ellos encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Ellos son por su vida signo de total disponibilidad para con Dios, la Iglesia, los hermanos. Por esto, asumen una importancia especial en el marco del testimonio que, como hemos dicho anteriormente, es primordial en la evangelización»*³³. En la formación esta dimensión no puede ser desvalorizada o reducida a «experimentos». Frecuentemente, una insuficiente madurez de este aspecto puede conducir a profundas y preocupantes crisis en el religioso joven y adulto, al tener que enfrentarse con la complejidad del mundo actual, en el cual está llamado a encarnar la acción pastoral de la Iglesia y su propio específico aporte.

Esta dimensión misionera nos ayudará a los consagrados a vivir una transformación gradual que les permita tener un «vigilante sentido crítico y de confiada atención»³⁴ a los problemas del mundo contemporáneo, y, de este modo, les convierta en interlocutores idóneos de la cultura actual y les capacite para un diálogo fecundo con ella. Sin ese aprendizaje muchas crisis no podrán ser evitadas. Pero para ese diálogo considero fundamental, como ya indiqué anteriormente, una formación intelectual adecuada a las exigencias de hoy, que ayude a los religiosos, especialmente a los más jóvenes, a dar razón de la propia opción vocacional y a poner el Evangelio en el corazón de la cultura actual.

2.3. Núcleo de la madurez vocacional

Ya recordé anteriormente la necesidad de cultivar una visión dinámica de la identidad carismática de la vida consagrada para sostener una fidelidad creativa. La perspectiva de una *formación hacia la madurez* confirmó ulteriormente aquella visión. Con estas premisas es posible

³³ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 1974, 69.

³⁴ JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, 1996, 98.

afirmar que una formación integral, que respire en un horizonte amplio, ayuda a acompañar los consagrados hacia un proyecto de vida abierto al futuro y capaz de sostener y alimentar la fidelidad.

En este contexto vuelvo a referirme a tres puntos, los que, en mi opinión, son de particular importancia: educar a la estabilidad y al cambio; dar perspectivas de futuro y alimentar la esperanza; una vida consagrada bien situada en el mundo y en la historia.

Educación a la estabilidad y al cambio puede parecer una contradicción. Pienso al hecho de que viviendo en tiempos de cambios rápidos y continuos, y asumiendo una visión dinámica de la persona en las distintas estaciones de la vida, en la formación podríamos correr el riesgo de transmitir como normal el hecho de que haciendo camino se pueda...«cambiar de chaqueta» o de opción, cuando a uno le plazca o cuando las cosas no salgan como uno había planeado. Ese cambio sería como parte de una vida que desea ser auténtica. Quizás esta mentalidad influye más de lo que nosotros mismos pensamos. La alternativa no es, sin embargo, la de educar a las personas a ser «impenetrables o indestructibles», sino más bien educarlas para que sean capaces de permanecer sólidos y firmemente estables en lo esencial, mientras, al mismo tiempo, se está en camino continuo de desarrollo y de crecimiento.

La madurez humana y vocacional no es un estado fijo que se alcanza de una vez para siempre, sino un equilibrio dinámico de todos los componentes de la persona que la mantienen sana psíquicamente y moralmente creativa en sus opciones, abierta al crecimiento y también al cambio, todas las veces que esto es solicitado por la realidad en que nos movemos y por las metas que uno se propone. Sostener un camino como este nos ayudará a todos a afrontar las crisis de estabilidad y las fases de cambio de manera más creativa. El documento *Potissimum institutioni* lo recordaba con claridad: «*la formación continua ayuda al religioso a integrar la creatividad en la fidelidad, porque la vocación cristiana y religiosa requiere un crecimiento dinámico... Esto exige una formación espiritual interiormente unificada, pero dúctil y atenta a los acontecimientos cotidianos de la vida personal y del mundo*»³⁵.

Dar perspectivas de futuro y alimentar la esperanza: un programa exigente en estos tiempos donde parece más fácil encerrarnos en nosotros mismos, donde tener esperanza equivale a veces a ¡un suicidio! La formación a la vida consagrada en sus distintas etapas, si bien por una parte no puede esconder las dificultades a las que se enfrenta, ni tampoco la situación coyuntural por la que atraviesa, por otra parte no puede transmitir el sentimiento negativo de una tendencia a leer todo de manera unilateralmente problemático, fruto de la desmotivación y del estado de desánimo³⁶. Hacer esta lectura nos llevaría inevitablemente, a jóvenes y a adultos, a perder el sentido del futuro posible de la vida consagrada, y también de la esperanza como ideal -¡palabra actualmente fuera de moda!, ideal por el cual vale la pena dar la vida y también resistir *en la prueba*. Aun cuando no sepamos el *cómo* y el *cuándo*, sabemos que es el Espíritu el que nos empuja hacia el futuro³⁷, y que por ello hay motivos para seguir mirando hacia adelante, hay motivos para seguir remando «mar adentro».

Una vida consagrada bien situada en el mundo y en la historia que acepta permanecer no en los márgenes sino dentro de la historia, particularmente en los “claustros abandonados”, nos permite encontrar un modo nuevo de vivir la espiritualidad de nuestra vida³⁸. De esta forma su propuesta se transforma en algo más evangélicamente atrayente, siendo también más sólida la motivación para permanecer. En efecto, una vida consagrada que se viva de forma paralela a las

³⁵ CIVCSVA, *Potissimum institutioni*, 1990, 67.

³⁶ cf. CIVCSVA, *Caminar desde Cristo*, 2002, 12.

³⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 1996, 110.

³⁸ cf. MACCISE Camilo, «*Non ai margini ma dentro la storia*» en *Testimoni* 9/2004, 8.

grandes cuestiones y desafíos del hombre de hoy sería una «cisterna agrietada», un pozo del cual no se puede sacar aquello que da sentido a la vida de la fe, del cual existe hoy tanta sed.

Formar a la vida consagrada hoy no puede significar sino educar a permanecer entre las mujeres y los hombres de nuestro tiempo, interesados por todo lo que es humano, marcando la diferencia evangélica del Evangelio de la Cruz, en relación con la mundanidad, precisamente a través del compartir y el ser compasivos. Particularmente pienso al peso del tema y de la práctica del diálogo en el actual momento histórico. Como religiosos no podemos sentirnos exentos de esta tarea. Sólo una apertura así hace que la vida religiosa esté menos concentrada en sí misma y en sus propios problemas, y más «des-atenta» hacia el otro³⁹.

Ante la tentación de vivir una vida consagrada, replegada sobre sí misma, lejana del mundo cotidiano de las personas, buscando en otro lugar la plenitud de las relaciones y de la vida que aquí parecería faltar, hemos de formar a una vida consagrada alimentada por una espiritualidad encarnada, capaz de confesar ante el mundo, con una vida alternativa y gracias a la práctica generosa de los consejos evangélicos, que el encuentro con Jesucristo nos hace más humanos.

Conclusión

De todo lo dicho anteriormente, y simplemente a modo de síntesis, quiero ahora presentar algunas convicciones que considero importantes para formar a la vida en plenitud y, de este modo, prevenir, en cuanto posible, los abandonos.

- El fenómeno de los abandonos debe ayudar a reflexionar, con serenidad y con seriedad, a la entera Orden o Instituto y, muy particularmente, a la fraternidad/comunidad local. Esta reflexión bien podría girar en torno a dos preguntas fundamentales: ¿Por qué un hermano se va? ¿Porqué nos quedamos y cómo vivimos la sécula de Cristo los que permanecemos?
- Esta reflexión debería ayudarnos a discernir los medios que acortaran lo más posible la distancia existente entre lo que proponemos como ideal y lo que realmente vivimos.
- En ese contexto considero fundamental priorizar la formación permanente, en cuanto *humus* de la formación inicial. Se forma o se deforma por “contagio”, de ahí la necesidad de que toda la fraternidad o comunidad tome conciencia de ser formadora y ponga todo lo que esté de su parte para serlo. Esto no será posible sin una opción clara y concreta en favor de la formación permanente.
- Favorecer que la formación inicial y permanente –ésta última particularmente en los primeros años después de la profesión solemne/perpétua o de ordenación sacerdotal-, se desarrolle en un clima de responsabilidad y de libertad, en un clima de familiaridad en el que sea posible desarrollar una comunicación profunda a nivel de actividades, de pensamiento y de sentimientos.
- La formación permanente e inicial ha de ayudar a los consagrados a ser personas en relación, capaces de ofrecer y dar colaboración, capaces de compartir.
- La formación, permanente e inicial, no puede olvidar nunca algunos principios considerador básicos: Ha de ser integral, personalizada, permanente, progresiva, gradual y acompañada. Y respetando estos principios, la formación ha de propiciar la pasión por Cristo y por la humanidad. Todo ello ayudará, sin duda, a buscar la plenitud de la vida y a mantener la fidelidad.

³⁹ cf. CIARDI Fabio, «*Ruolo della Vita consacrata in Europa oggi come ieri*» en *Testimoni* 11/2004, 26-27.

He querido ofrecer sólo algunos pensamientos para reflexionar y evaluar las propuestas de formación permanente e inicial. Son algunos esbozos para iniciar una confrontación y un diálogo que podrá ulteriormente ayudarnos a aclarar cómo podemos vivir hoy de manera creativa y no solamente pasiva, casi como víctimas, el fenómeno de los abandonos que nos inquietan y nos quieren también interrogar, animándonos a buscar un ulterior impulso de fidelidad al don recibido.

Sólo si asumimos con renovado impulso la propuesta de una vida consagrada verdaderamente evangélica y profética para nuestro tiempo, podremos dar motivos a nuestros hermanos -también a nosotros mismos-, para continuar a vivir hoy el seguimiento del Señor a través de una vida obediente, pobre y casta.

La persona sigue siendo un misterio y ciertamente no podremos nunca encontrar una fórmula infalible para evitar crisis y decisiones dolorosas, pero sí que podremos acompañar siempre hacia una camino de verdad y de libertad, para que el seguimiento del Señor Jesús no se reduzca a un barniz exterior y extraño a nuestra vida más profunda, sino que siga siendo el principal motivo, la razón última de nuestra esperanza, por la cual podamos repetir con confianza y amor: «sé bien en quien tengo puesta mi confianza» (2 *Tm.* 1, 12).

CONCLUSIONES DEL TRABAJO DE GRUPO

Francesco Bravi, OFM

1. Introducción

El segundo objetivo de este Congreso de la Unión de los Superiores Generales era identificar algunos procesos e intervenciones que es necesario activar o poner en marcha para favorecer la iniciación de la fidelidad a la vocación, en lo que se refiere a la formación inicial, y una fidelidad creativa y dinámica para la formación permanente. La cuestión de la fidelidad a la vocación se presenta cuando ya ha estado hecha una opción definitiva por la Vida Consagrada y por lo tanto, se refiere a la vida adulta, pero también exige que se le favorezca desde los primeros momentos del proceso formativo. Desde este punto de vista, la síntesis actual, teniendo en cuenta la gran riqueza del trabajo de los grupos y el compartir en la Asamblea, desea ofrecer las líneas que resultaron de la discusión, líneas que pueden ser útiles para continuar la reflexión y la verificación en nuestros diversos institutos, juntamente con todos los otros aportes de este Congreso.

2. Reflexiones y puntos importantes que se compartieron

La presentación de los diversos aportes de los grupos de trabajo hizo evidente una convergencia sobre algunas reflexiones y algunos puntos importantes a los cuales todo Instituto está llamado a prestar atención y a hacer y tener en cuenta para programar u organizar itinerarios formativos (sea en la formación inicial que en la permanente) que sean un verdadero apoyo a una vida consagrada fiel y vivida de manera apasionada.

En este contexto se nos recordó como el tema sobre la fidelidad, sobre todo, debe colocarse en el ámbito de la gracia. *Es por gracia* que hemos sido llamados a esta vida y es por gracia que perseveramos en ella. Todo esto nos abre a la actitud fundamental *de dar gracias* por el don que recibimos continuamente y, por otra parte, nos abre a la responsabilidad, la de vivir un don de Dios.

Por lo tanto, respecto al aspecto de la responsabilidad de nuestra respuesta las reflexiones han evidenciado algunas cuestiones importantes. Toda la formación debe vivirse *en el horizonte de la Formación permanente*: es necesario formar la conciencia en la capacidad de formarse continuamente. En este sentido se ve el vínculo profundo y la relación recíproca, entre formación inicial y permanente en el progreso y avanzar gradual de las etapas, aun en la diferencia de ellas. La formación se concibe así como un itinerario durante toda la vida, un *habitus* que hay que asumir, casi una manera de ser del consagrado hoy. El proceso formativo es un camino continuo.

El acompañamiento se considera el medio principal para personalizar el camino formativo. Este acompañamiento presupone la formación de los formadores, de los acompañantes, capaces de caminar al lado y juntamente al hermano que acompañan. Es necesario también distinguir los diversos tipos de acompañamiento que existen: el propio y específico del formador, el psicológico, el de tipo académico y escolástico y aun otros.

El formador está llamado a desarrollar el delicado papel de interprete del carisma para aquella persona determinada y hacer que el carisma se encarne en la vida y en la historia concreta del acompañado. Para una preparación adecuada y para un trabajo de mayor fruto, el formador debe estar abierto a la colaboración con todos los formadores dentro del Instituto y aun fuera de él, aprendiendo a trabajar en equipo.

La formación necesita *estructuras y programas*. Los objetivos o fin y los perfiles para cada etapa formativa deben ser claros y concretos y deben verificarse seriamente. Pero antes de esto es necesario, sin embargo, crear en nuestros Institutos *la conciencia de la necesidad de la formación*, de sentir la exigencia profunda de estar permanentemente en formación.

La estructura fundamental para la formación es la **comunidad local** y los medios ordinarios de la vida de todos los días asumen un papel o rol importante. El lugar privilegiado para la formación permanente o inicial es la vida ordinaria de la comunidad; un lugar donde sea posible poder compartir seriamente la fe y las experiencias propias y donde las relaciones sean humanamente maduras para favorecer la verdadera comunicación en una ambiente de confianza y familiaridad, redescubriendo la práctica de la corrección fraterna. *El proyecto de la vida fraterna* puede convertirse en el instrumento que ayuda a una comunidad local a crecer en todas estas dimensiones con tal que sea de verdad el instrumento para llegar a asumir una verdadera mentalidad de actuar según un proyecto.

El papel o rol de animación y de apoyo de los **Superiores** son de una importancia fundamental, sea a nivel local que provincial y general. Ellos son los que deben no sólo programar todo el camino formativo y verificarlo adecuadamente, sino que deben después apoyarlo con la selección adecuada de personas y medios. Ellos mismos necesitan también formación y apoyo para vivir y realizar este servicio y esta tarea. El papel de animación del superior está integrado y se vive en un trabajo en equipo y dentro de la responsabilidad de todos para que se sientan participantes y comprometidos en un camino de formación permanente. La persona consagrada es siempre la primera responsable de su propia formación. Una de las tareas que hoy se considera importante para el superior, en todos los niveles (local, provincial y general), es el de dar voz y visibilidad a la fidelidad; el de hablar más de la fidelidad que de la infidelidad, de presentar ejemplos positivos de fidelidad que tantos hermanos viven, con pasión y entrega.

Formar a la vida consagrada, y formarse continuamente en ella, quiere decir también alimentar una espiritualidad encarnada que favorezca y cuide la calidad de la **formación intelectual y del estudio**, como instrumentos para comprender nuestro mundo y, en eso, volver a entender, siempre de manera nueva nuestra misma vocación de consagrados.

Lo que el orador ha definido como **aprendizaje autobiográfico**, en la capacidad de continuamente contarse o hablarse a sí mismo a la luz de la fe, se considera el método formativo que puede ayudar a profundizar y a abrir nuevos caminos favoreciendo la interiorización de los valores de la vida consagrada.

3. Los Niveles de la Madurez

Siendo conciente que en la distinción presentada de la madurez humana, cristiana y vocacional, no se puede incluir todo el camino de una persona, y que, de hecho, en una persona, todas estas dimensiones están siempre unidas entre sí, casi se confunde una con la otra, la reflexión y la discusión en el grupo y en la asamblea han mostrado un compartir sustancial.

La madurez de una persona es un continuo sucederse de etapas de crecimiento, que requieren un trabajo de orientación y de un progresivo ir completando al pasar de una fase a la otra, aun a través de la integración de las situaciones críticas, con las cuales la persona se enfrenta habitualmente en su propia vida. En esta visión dinámica de la formación a la madurez, los tres núcleos de la madurez humana, cristiana y vocacional, han sido tratados repetidamente de diversas maneras y subrayados por los grupos de trabajo tanto en lo que se refiere a la formación inicial que permanente.

Para el núcleo de la *madurez humana* se subraya la necesidad fuerte de cuidar de manera particular la afectividad y el mundo de las relaciones. El conocimiento de la propia personalidad se considera un instrumento importante de una comunión verdadera y profunda con los hermanos y premisa indispensable para un camino serio de fe. La actitud hacia el trabajo manual permite permanecer en contacto con la realidad de la vida y de medirse a sí mismo, compartiendo la vida y la existencia de tantas personas. La capacidad de sufrir con paciencia las frustraciones se considera necesario para una verdadera y real imagen de sí mismo. Junto con estas indicaciones, los grupos también mencionaron otros puntos a los cuales se ha de prestar atención. La capacidad de confrontarse seriamente con la vida en un estilo sobrio y de trabajo; la importancia de reconocer, discernir y orientar nuestros deseos; la formación al manejo positivo de la propia soledad y el redescubrimiento del silencio.

La centralidad de la experiencia de la fe, como un encuentro personal con el Señor, y de la amistad viva y profunda con Él, es algo esencial para la vida consagrada; este es el criterio importante para evaluar el grado de madurez cristiana en cada momento de la vida de una persona consagrada. Para crecer en ello es necesario una verdadera y profunda formación a la vida espiritual y acompañadores preparados que ayuden a los consagrados a vivir y a proyectar continuamente su propia vida en el seguimiento del Señor Jesús. Los retiros, Ejercicios Espirituales, la dirección espiritual son los instrumentos que pueden favorecer este camino. De todas maneras es necesario tener una experiencia integral de fe arraigada en la Palabra, en los Sacramentos y en la comunión eclesial. También pertenece a la madurez de la fe una importante conciencia misionera, alimentada y sostenida durante todo el proceso formativo para evitar que el individuo o la comunidad se cierren y se replieguen en sí mismos, en sus propias expectativas y deseos.

Acerca del núcleo de la *madurez vocacional*, además de los puntos propuestos por el orador: educar a la estabilidad de las opciones en la apertura constante al cambio, ofrecer perspectivas de futuro alimentando la esperanza y la capacidad de vivir una vida consagrada no paralela sino dentro de la historia y la vida de los hombres; de la discusión y el confronto, surgieron otras ideas. Una madurez vocacional seria se mide en: una formación a un sano equilibrio entre el trabajo y todas las otras dimensiones de nuestra vida; en la capacidad de aprender a vivir en comunidades internacionales donde conviven diversas culturas; en formarse constantemente en el sentido de pertenencia en el proyectar en común y en el compartir; actualizando y volviendo a proyectar la misión del Instituto, escuchando atentamente el aporte de todas las generaciones; purificando continuamente nuestras intenciones: el motivo por el cual entré no es necesariamente el motivo por el cual me quedo ahora en el Instituto.

4. La Formación permanente y la Formación inicial

Siendo conciente que la formación permanente y la formación inicial mutuamente se relacionan una con la otra y son un todo armónico y progresivo, con su diversidad y su realización gradual, la discusión llevó a evidenciar algunos aspectos que deben tenerse en cuenta de manera particular además de lo que ya se ha dicho en los párrafos precedentes.

Para la *Formación permanente* se evidenció la importancia de la atención que debe prestarse a las diversas etapas de la vida y a los diversos ministerios que los hermanos viven para que un programa pueda realmente comprometer en profundidad. En este contexto se hizo notar la importancia del cuidado de los hermanos durante los primeros años de profesión perpetua y de la ordenación sacerdotal. Los momentos y los espacios de la formación permanente son, en primer lugar, los que ofrece la vida ordinaria y cotidiana de la comunidad y también la del Instituto; pero son necesarios también los tiempos y momentos fuertes vividos en otros contextos no ordinarios, como también la posibilidad de seguir programas fuera de la comunidad y del mismo Instituto.

Una experiencia pastoral verificada y supervisada puede convertirse en una buena ocasión de formación permanente. Es necesario dinamizar las reuniones de comunidad para crecer en una verdadera y profunda comunicación. La formación permanente debe llevar a una misión personal renovada y a la asunción, también renovada, de la misión de la propia comunidad y del Instituto. Una verdadera y seria formación permanente favorece y nutre la creatividad personal que, precisamente porque es verdadera, favorece la construcción de la comunidad en donde la comunicación no es solamente funcional sino profunda y el compartir real. Respecto a la formación permanente se representa la importancia del papel de animador del superior a todos los niveles como el que anima y guía a cada religioso en su camino y lo sostiene con opciones adecuadas.

Para la **Formación inicial** se confirmó la importancia de la comunidad formativa y de su composición: en ella todos son formadores con su vida, con su presencia y con su estilo y modo de vivir el carisma del Instituto. Se confirmó la urgencia de la formación de los formadores para las diversas etapas de la formación inicial en la perspectiva de la personalización.

El camino formativo debe personalizarse mayormente; esto exige una reflexión seria y profunda sobre las etapas y el término que nuestros itinerarios formativos actualmente piden a los formandos. En este contexto algunos proponen un intervalo o pausa en el camino formativo insertando experiencias de trabajo o/y misioneras serias y guiadas. La colaboración entre diversas congregaciones en el campo de la formación inicial es un desafío que hemos de aceptar y una oportunidad que se debe considerar seriamente y que puede abrir nuevos itinerarios.

La formación inicial debe hacer madurar el convencimiento profundo que la formación no es sólo lograr terminar una etapa sino un dinamismo para toda la vida. Se debe prestar una atención particular a los criterios de discernimiento vocacional y a aquellos de los siguientes pasos formativos (postulantado, noviciado, profesión temporal, profesión perpetua). La colaboración con los animadores de la pastoral vocacional debe ser continua y el confronto debe favorecer un intercambio fructuoso en la verificación de los criterios de discernimiento. Los mismos animadores de la pastoral vocacional deben estar bien preparados y trabajar en sintonía con los formadores de las diferentes etapas formativas. El proceso de discernimiento y de acompañamiento de las vocaciones adultas debe ser dirigido con cuidado y atención.

Una verdadera formación en la fe exige la capacidad progresiva de compartir la propia experiencia vivida; una interiorización progresiva de la fe y vivirla en su expresión exterior con equilibrio, alejando todo intimismo y devoción falsos.

Es necesario prestar atención a la línea formativa propuesta y realizada en los centros de estudio filosófico-teológico donde estudian los profesos de votos temporales, especialmente cuando estos no son del Instituto, para que no se cree una real y no proficua contraposición con la línea formativa del Instituto.

Para la formación inicial, se considera importante la capacidad de sufrir con paciencia o enfrentarse con valentía a las frustraciones. Si no se reconocen las frustraciones, llamadas por su nombre, enfrentadas y re-elaboradas, se transforman en un verdadero y propio veneno, que no permite a la persona enfrentarse con los pasos específicos de los diversos ciclos de la vida, corriendo el riesgo así de construir una personalidad que no es madura ni humana ni cristianamente.

LA RATIO FORMATIONIS

Oblatos de Maria Inmaculada

Paolo Archiati, OMI

Primera pregunta

¿Qué tipo de antropología refleja la Ratio Formationis de mi Instituto, con respecto a la formación inicial y continua?

Para responder a esta primera pregunta hay que precisar de qué tipo de antropología queremos hablar.

Si se trata de una antropología cultural, diría que responder a esta primera pregunta es casi imposible, porque los jóvenes a los que se dirige nuestro trabajo formativo varían de tal manera de una parte a la otra del mundo, que no se sabría cómo hablar de una sola antropología. Dentro de un solo continente asiático, por ejemplo, ¿podemos decir que los jóvenes de la India, del Japón y de las Filipinas se reconocen en los mismos valores humanos y religiosos? De este punto de vista, nuestra Ratio Formationis corre el riesgo de dirigirse a jóvenes que no existen o que son sencillamente los jóvenes del mundo del oeste o del norte o de otra parte del mundo.

Si por el contrario, hablamos de una antropología general, o universal, entonces podríamos arriesgar una definición: no sólo podríamos decir, en un modo bastante genérico, que se trata de una antropología cristiana, es decir, basada en los valores cristianos inspirados por el Evangelio; pero también podríamos hablar, acercándonos un poco más a nuestra ratio formationis, de una antropología comunitaria centrada en la persona de nuestros candidatos.

Sin embargo, también es verdad que los jóvenes, para los que estas normas se han escrito, cambian rápidamente, sobre todo en consecuencia de los cambios del mundo que tienen repercusiones cada vez más rápidas y notables en la Iglesia. Por lo tanto, en nuestro Instituto nos esforzamos para que estas normas sean adaptadas a los diferentes contextos en que trabajamos. Por este motivo no son muy detalladas.

Estas consideraciones preliminares iluminan nuestro intercambio de ideas a propósito de la Ratio Formationis de la Congregación de los Oblatos de María Inmaculada, (OMI) y las reflexiones que siguen. Cito, adaptándolo un poco, el texto impreso de nuestras normas generales.

Nuestra *Ratio Formationis*, (Normas Generales de la Formación Oblata), se dirige a los jóvenes que han hecho una primera importante opción en su vida. Esta opción tiene múltiples implicaciones: esta opción consiste en poner su vida a disposición de Dios y Jesucristo en la consagración religiosa, en la perspectiva misionera de entregarse a los pobres. Más quisiera subrayar dos dimensiones que caracterizan dos aspectos esenciales de la formación en nuestro Instituto.

La dimensión personal

La formación oblata se centra en la persona y respeta la experiencia del que ha sido llamado. Uno de sus objetivos principales, sobre todo en la fase inicial, consiste en ayudar al llamado a interiorizar su experiencia personal, a conocerse en todas las dimensiones de su ser, (positivas y negativas), a asumirse, a integrar y administrar sobre todo las experiencias que constituyen un obstáculo a su desarrollo y a su madurez progresiva.

El objetivo de nuestra formación es de formar hombres que gocen de la estabilidad interior y de la madurez requeridas; es decir, hombres capaces de integrar personalmente el contenido de sus estudios y la reflexión efectuada sobre su experiencia. Todos los elementos de la formación humana, intelectual y espiritual, están unidos explícitamente entre sí para contribuir a la unificación de la personalidad.

Cada persona, con sus valores culturales propios, merece el mayor respeto. Para nosotros la formación se basa en el reconocimiento del verdadero valor de cada persona y de cada cultura; esto lleva a la persona a valorarse rectamente a sí misma y a su cultura a la luz del Evangelio; a abrirse a la riqueza de los demás – personas y culturas – que lo rodean; a tomar conciencia de su multiplicidad y variedad; y a reconocer su importancia en vista de su compromiso misionero.

Cada generación tiene su propia experiencia. Una generación más anciana o mayor, por ejemplo, descubrirá cosas que son obvias a una generación más joven: en este caso los formadores tendrán que abstenerse de proyectar su propia experiencia, con sus dificultades particulares, sobre las nuevas generaciones. Por otra parte, una generación más joven podrá no reconocerse en tradiciones que le parecen superadas y lejanas de la vida real: en este caso la formación tendrá que asumir la forma de un diálogo abierto y sincero para descubrir y discernir juntos, formadores y jóvenes en formación, los valores y los diferentes modos de vivirlos.

Un aspecto de la formación humana que ha adquirido hoy una importancia creciente, sobre todo en algunas partes del mundo, y que parece exigir un estudio más profundo, es el aspecto de la afectividad. Vivimos en un mundo donde ocurren importantes transformaciones y donde surgen cada día nuevas tomas de conciencia en el campo de la afectividad humana y de los comportamientos sexuales; por eso durante la formación inicial, y quizá ya desde el período que precede al primer compromiso en la vida religiosa, los formadores deben iniciar y continuar un diálogo sobre la intimidad, la soledad, la amistad, etc., particularmente, por el hecho de que estos aspectos afectan la vida comunitaria y la formación a la vida en el celibato.

En el proceso de desarrollo personal y comunitario encuentran su lugar algunos instrumentos de trabajo valiosos, como, por ejemplo, los métodos psicológicos: sin reemplazar los otros métodos, siempre necesarios, pueden contribuir considerablemente al crecimiento y al progreso de nuestros jóvenes, quienes aprenden técnicas de evaluación para la persona misma y para la comunidad a la que pertenecen.

La dimensión comunitaria

Para nosotros la formación es también un proceso comunitario. «En cada etapa - así se expresa nuestro texto – hay que conservar viva la dimensión comunitaria y eclesial de la vocación. La insistencia sobre este aspecto no disminuye nada el valor de la persona; al contrario, garantiza el pleno desarrollo humano, social y espiritual.»

Un aspecto que hay que considerar con atención, sobre todo en ciertas regiones del mundo, es que una auténtica comunidad religiosa no es, de ninguna manera, un refugio para personalidades débiles. El joven que toca a nuestra puerta tendrá que aprender a ser plenamente sí mismo, capaz de mantenerse firme, si quiere colaborar en la construcción de una verdadera comunidad. Es necesario, pues, que los miembros en formación sepan asumir sus responsabilidades personales, si no la comunidad no podría ejercer su función formadora y las personas no serían aptas para la vida y la misión del instituto.

La comunidad local es el ámbito donde cada uno está llamado a crecer, con la ayuda recíproca, a compartir, a la emulación y a cualquier otra dinámica de la vida común. La

comunidad religiosa permite integrar, a su manera propia, la red de relaciones en la que se construye cada vida humana: relaciones de familia, de estudios, de apostolado, de tiempo libre, etc. La comunidad de formación, situada en una red de comunicaciones con otras comunidades, prepara progresivamente a sus miembros, después de la formación inicial, a hacerse hombres de comunidad, activos y constructores de comunidad.

Estas afirmaciones manifiestan cuales son nuestras convicciones en materia de formación y los puntos clave de una formación que quiere ser integral y que abarque todas las dimensiones de la persona: física, moral, afectiva, intelectual. La dimensión espiritual de la formación de nuestros candidatos no se empobrece a causa de estos aspectos, sino que los presupone.

Segunda pregunta

¿Cuáles son los aspectos fundamentales que orientan la formación en mi Instituto y que ayudan a reforzar la fidelidad de sus miembros?

Me limitaré a tres series de valores que están en el corazón de la formación en nuestro Instituto y que se pueden considerar como pilares con los que ayudamos a nuestros jóvenes a construir el edificio de su vida. Es sólo un bosquejo de respuesta, para orientar la reflexión y el intercambio d ideas.

Una primera serie de valores que se refieren a la persona humana, son los valores humanos fundamentales sin los cuales la persona se siente gravemente disminuida en su humanidad: subrayaría aquí los valores de la verdad, (con todos sus derivados como la sinceridad, la apertura, la franqueza, la honestidad, etc.), y el sentido del otro que incluye la capacidad de establecer relaciones sanas y maduras con los demás, (sin aplastarlos y sin dependencia). Unidos a este valor vería el de la justicia, el de compartir, etc.

Una segunda serie de valores que tocan la espiritualidad de la persona: su fe, su elección de Dios y los valores del Reino, el sentido de la Iglesia y la conciencia de trabajar en su misión, etc.

Una tercera serie de valores que atañe su pertenencia a un Instituto dentro de la Iglesia: interiorización del carisma y sus valores, sentido de pertenencia, deseo de asumir la misión del instituto, apertura y hermandad con los otros miembros de la familia, capacidad de pensar, de compartir y de trabajar juntos, etc.

LA RATIO FORMATONIS

Misioneros Combonianos

Girolamo Mianta, MCCI

En estos últimos años, el Instituto Comboniano se ha sentido fuertemente implicado en la reflexión y verificación del camino formativo de los jóvenes candidatos a la vida misionera.

- El hecho que Comboni haya sido proclamado santo nos ha inducido y nos induce a descubrir profundamente el don que nos ha sido dado. Nos capacita para poder asumir con coraje y creatividad los desafíos de una misión renovada para la llegada del Reino en el mundo de hoy.
- La Misión está hoy en el centro de la vida comboniana: todos estamos implicados en un camino de reflexión, de relectura de la experiencia vivida, para conseguir expresar juntos la fidelidad a nuestra vocación a través de la llamada *Ratio Missionis*.
- Se vienen dando cambios sociológicos y culturales que tienen un influjo profundo en la realidad juvenil de la post-modernidad. Estamos llamados a prestar una atención particular a una nueva geografía vocacional.
- Luces y sombras se cruzan en el contexto de la realidad global de la humanidad, en la Iglesia, en el mismo Instituto Comboniano: son provocaciones para tener los ojos bien abiertos y el corazón grande y poder afrontar el tercer milenio como tiempo de gracia y con un nuevo impulso misionero.

Frente a la complejidad de los retos, algunas orientaciones han guiado el camino formativo:

La dimensión que se ha manifestado más claramente es la atención a la persona, entendida como personalización del camino formativo, exigencia de interiorización de los valores propuestos e inculturación de la formación. Se redescubre el papel activo y protagonista del formando.

El método que nos acompaña es el de la integración, reconociendo en la persona la importancia de tantas dimensiones que hacen de ella su riqueza y que están llamadas a crecer al mismo tiempo en armonía espiritual, humana, psicológica y cultural.

La visión antropológica de la que se parte es la de una persona libre y, por lo tanto capaz de determinarse y de superarse, pero al mismo tiempo herida por lo que la Escritura llama "pecado". Existe, pues, una tensión entre pecado y virtud. Pero no sólo eso.

Es fácil, en efecto, reconocer en la experiencia cotidiana la existencia de una tensión entre lo que elijo libremente y lo que trato de conseguir. Muchas cosas las sigo percibiendo como necesidad o como atracción, incluso estando en contradicción con el ideal proclamado, como en el caso de la castidad que quisiera amar de veras pero descubro estar atraído por deseos de posesión, o también, sencillamente, ante la necesidad de sentirme querido, de recibir atenciones, de experimentar intimidad.

La existencia de una tal tensión no puede ser infravalorada dada su importancia en el camino formativo. Esto último no puede limitarse a dar a conocer y explicar el ideal. Tiene que ofrecer al candidato la posibilidad de ponerse en contacto con la tensión entre ideales y necesidades de las que se ha hecho alusión y ofrecerle, posiblemente, los medios para que aprenda

a superar la tensión en la persecución del ideal. En este sentido, la finalidad del camino de crecimiento humano y espiritual es la auto-transcendencia, la superación de sí para abrirse al amor de Dios.

La Escritura, y en particular San Pablo (1 Tess. 5,23), describen a la persona humana como una realidad compleja que incluye la dimensión corporal, la psíquica y la espiritual. El sujeto, pues, incluye cuerpo, alma y espíritu. En cada una de estas tres dimensiones – que no están separadas entre sí – se tiene una experiencia particular de la tensión antes mencionada.

Es necesario que el formando consiga luz acerca de la tensión entre valores y necesidades y que aprenda, en el ámbito de tal tensión, tomar opciones que lo lleven a superar la tensión en el sentido de la transcendencia antes que a eliminarla momentáneamente gratificando las mismas necesidades.

La estrategia propuesta es la de focalizar la intervención formativa en las distintas etapas:

Durante el tiempo del postulante, el énfasis recae sobre la madurez humana: el objetivo es sobre todo el purificar las motivaciones y disponer mejor al sujeto a la interiorizar los valores.

En el noviciado, el énfasis se pone sobre la madurez cristiana, en una fuerte experiencia de Dios; y durante el tiempo del escolasticato/CIF (para los Hermanos), el énfasis está puesto sobre la maduración misionera comboniana, atención a la misión.

El focalizar o acentuar una dimensión particular no se debe interpretar de manera restrictiva; el principio que nos conduce es el de la gradación y de la continuidad en un proceso de crecimiento continuo.

La metodología elegida es la de la iniciación. La formación consiste en "experimentar" los valores vividos, haciéndolos pasar de la esfera cognoscitiva a la afectivo – experiencial, implicando la totalidad de la persona en el proceso de asimilación. El método pedagógico de la iniciación es un modo eficaz para alcanzar cuanto nos hemos propuesto. Es una dinámica que permite la transmisión de los valores a través de momentos, ritmos, iniciativas, instancias...que ayudan a percibir e interiorizar, gustar y experimentar, vivir y averiguar lo propuesto.

En la valoración del camino recorrido hay, sin embargo, dificultades para poner juntas las orientaciones y la realidad. Con humildad y claridad, somos muy conscientes de un conjunto de la problemática abierta que hemos llamado "el talón de Aquiles" de nuestro camino formativo:

- Somos conscientes de una falta de "exigencia" en las diversas etapas formativas.
- La interiorización de los valores no llega al corazón y a la vida de las personas.
- Nos hallamos frente a la dicotomía entre el lenguaje y la vida.
- La gradación y la continuidad del camino formativo hacen fatigosa la realización y la consecución de los frutos.
- Las mismas estructuras (y no sólo las materiales), las programaciones y los pasos de una etapa a la otra tienen que ser repensados para nuevas respuestas al hoy de nuestra historia.
- Formación y misión no expresan unidad en la vida de las personas: sentimos la necesidad de un caminar juntos en el que el crecimiento humano, cristiano, comboniano encuentre su lugar en la misión "natural" para llegar a una identidad clara y madura.
- Nosotros mismos, formadores, sentimos la urgencia de cuidar más nuestra formación para que nuestra vida sea el primer testimonio, la expresión del don de sí, para los jóvenes en camino.

La reflexión, hoy, está en saber de nuevo conjugar juntas las orientaciones y la realidad para una propuesta formativa que responda a los desafíos actuales.

Algunos núcleos fundamentales nos iluminan. Los que contribuyen a reforzar la fidelidad de forma especial son:

* la atención a la persona, que implica la interacción entre la responsabilidad de los sujetos y la oferta de los medios que ofrece el Instituto y las formas de acompañamiento personal y comunitario.

* la Misión, el punto de referencia central para ofrecer a todos un camino de radicalidad y empeño total, de don de sí y fidelidad.

* La Misión y la atención a la persona encuentran en la asimilación y en la vivencia de algunos valores fundamentales, sine qua non, la manera concreta de realizar la propia vocación misionera:

- asumir un *habitus* de vida espiritual caracterizado por una disciplina cotidiana (vida sacramental y oración personal y comunitaria),
- fidelidad y compromiso para vivir los valores de la consagración (para los Hermanos se profundiza todo lo concerniente a la consagración laical),
- vivir un proceso de continua conversión,
- asimilación del camino formativo con responsabilidad y transparencia,
- capacidad de relación que se manifiesta en una presencia activa y fiel en la comunidad,
- colaboración y abertura a la interculturalidad,
- sentido de pertenencia a la Familia Comboniana (combonianidad),
- amor al ministerio, capacidad de servicio y pasión por la misión difícil (propia del ser comboniano),
- capacidad de hacer causa común con los pobres.

Los valores vividos se convierten en MOTIVACIONES que sustentan la propia vida. Por ellos nos orientamos a insertar en el camino formativo un tiempo de experiencia para un encuentro fecundo entre valores, motivaciones y misión vivida.

* Otro núcleo fundamental de fidelidad es la identificación cada vez más con la experiencia del Fundador: un encuentro vivo con San Daniele Comboni, testigo de santidad y maestro de misión.

En él estamos arraigados en un fuerte sentido de Dios que da sabor a nuestra vida.

Vivimos la alegría de la donación total, compartiendo la fuerza libertadora del evangelio con los crucificados de la historia: hacer causa común. Como comunidad intercultural de fe y amor testimoniamos la reconciliación que viene de Dios: cenáculo de apóstoles.

* Y una cosa más: la urgencia de formadores que nos prepara e identifica con propia vocación se convierte en un núcleo que cotidianamente se hace mediación para que la fidelidad pueda seguir creciendo.

LA RATIO FORMATIONIS

Hermanos de las Escuelas Cristianas

Juan Pablo Martín, FSC

Introducción

La “Guía de Formación” del Instituto (1991), es el documento común que orienta la construcción de “la ratio formationis” en los diferentes Distritos.

En la práctica, no tenemos una “ratio” uniformada. Pero en la “Guía de Formación” sí están delineados los elementos comunes facilitadores del diálogo entre todos para construir la unidad en la diversidad, los elementos de base que aseguren la calidad y la visión carismática común.

I. ¿Qué tipo de antropología refleja se refleja en nuestra *Ratio Formationis* (Guía de Formación)?

- a) Una antropología filosófica cristiana: Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, el verdadero hombre, es la medida de la visión de hombre que orienta La Guía de Formación.
- b) Una antropología pedagógica, en cuanto considera al ser humano educable.

Como antropología filosófica cristiana:

- a. Seguimiento de Jesucristo.

Seguimiento de Jesús, inspirado en el Evangelio como “primera y principal Regla”. (Nº 100)

En la formación inicial se trata de ir aflorando una criatura nueva conformada al estilo de las Bienaventuranzas. (Nº 103)

Se trata de encontrarse con Jesús en la propia vida, “en diálogo tanto existencial como doctrinal, con la persona de Jesús, que lo llama y envía” (Nº 106-107)

- b. Énfasis escriturísticos

Dios en relación con el hombre: La vocación es llamada, respuesta y encuentro de Dios con los hombres. Relatos de vocación: Abraham (Gn 12), Gedeón (Jue 6), Samuel (1 Sm 3), Isaías (Is 6), Jeremías (Jr 1), Pedro (Lc 5), María (Lc 1), Zaqueo (Lc 19), Pablo (Hch 9).

La llamada de Dios también se dirige a pueblos enteros y a comunidades de creyentes: Historia del pueblo elegido de Israel, que es la historia semejante de todo creyente y de toda comunidad que lucha por responder en fidelidad a Dios.

Dios convoca a profetas para denunciar a su pueblo las infidelidades y anunciar la salvación y el reinado de Dios.

“Ahora, Dios envió al mundo a su Hijo único para que nos diera vida” (1Jn 4,9). Este nos convierte en sus ministros ante los jóvenes e infunde en nosotros el “espíritu de celo por la salvación de las almas”.

Como antropología pedagógica

1. Dialogal, abierta, trascendente.

- c) El modelo de persona es el de una persona atenta a Dios, quien habla a través de la realidad leída desde la Palabra. (99)
- d) Una persona que responde desde la dinámica de la fidelidad a la palabra dada, al compromiso con los demás y con Dios.

2. Personalizadora

- a) La formación se funda sobre la responsabilidad y decisión de la persona. (9)
- b) Ejercita la autocomprensión, el autocontrol y el soportar tensiones. (19)
- c) Es clave el discernimiento personal y el cultivo de la interioridad de la persona, especialmente en la oración.
- d) El acompañamiento personal es un instrumento fundamental a lo largo de la formación inicial y tiene como objetivo ayudar al sujeto a poner luz sobre su itinerario personal. (33, 108-112)

3. Comunitaria

- a) Posibilita el situar el proceso personal en contraste con el de los hermanos. (16)
- b) Se introduce a la persona en dinámicos comunitarios.
- c) Se prepara para responder unidos a una misión común.(40)

4. Integradora

- a) Se esfuerza por hacer referencia a todas las dimensiones de la persona: espiritual, social, afectiva...
- b) Buscando siempre un “comportamiento unificado”: integrando motivaciones y comportamientos, ser y hacer; desde la tradición del Instituto de “no hacer diferencia entre empleo y estado”, y de “actuar siempre con la mirada puesta en Dios”, “el espíritu de fe”.(32,38)
- c) Releyendo la distancia entre lo que se quiere y se es, entre el yo real y el ideal, entre las debilidades y las cualidades. (120,274)

5. Procesual

- a) Que haga de la formación un proceso positivo y narrativo para la construcción de la propia identidad.
- b) Con una identidad abierta, construida con creatividad de respuestas. Recreando el relato evangélico y fundacional. (101, 282)
- c) Ayuda a todo esto la conciencia de las etapas vitales y de los momentos de crisis y cambios.

6. Encarnada

- a) Despertando la sensibilidad hacia las situaciones de pobreza de los niños y jóvenes. (103)
- b) Con cercanía de las casas de formación a las obras apostólicas y con presencia en las comunidades.

II. Núcleos fundamentales que sustentan la formación de mi Instituto y concurren a reforzar la fidelidad.

1. Conciencia de participar de una identidad colectiva lasaliana.
Esta identidad colectiva se apoya en:
 - I. la referencia al “itinerario evangélico del Fundador y al relato fundacional”,
 - II. la pertenencia fundada sobre lazos de relación entre las personas y comunidades
 - III. la corresponsabilidad en la misión del Instituto.
2. El sentirse llamado y convocado, con otros, para la misión de educación cristiana de los pobres. Haciendo suyo el itinerario del Fundador, que impresionado por la situación de abandono de los hijos de los artesanos y de los pobres, descubrió a la luz de la fe, la misión del Instituto.
3. El espíritu de comunidad: vivir juntos en comunidad fraterna, permanecer juntos y asociados para la misión, dispuestos a ir a cualquier lugar que se le envíe y hacer lo que el ministerio requiera.
4. El trabajo de integración de las diferentes dimensiones de la vocación del Hermano. Y de manera concreta la integración consagración-misión, vida de comunidad-ministerio, espiritualidad-compromiso, contemplación-acción.
5. La atención a las etapas vitales por las que atraviesa el sujeto, lo que hace que los problemas surgidos en los momentos de transición puedan ser vividos como posibilidad de crecimiento.
6. El plan de estudios, abarca equilibradamente tres áreas:
 - I. Estudios teológicos, catequísticos y pedagógicos.
 - II. Estudios lasalianos.
 - III. Estudios profesionales para proporcionar las competencias que precisan para la misión del Instituto y, el conocimiento de los jóvenes y del mundo.
7. Las mediaciones y elementos pedagógicos requeridas para la formación:
 - I. El acompañamiento: personalizado, comunitario y distrital.
 - II. El discernimiento personal y comunitario.
 - III. La atención a las etapas de crecimiento y desarrollo personales, como a los procesos de formación inicial y permanente.
 - IV. El crecimiento en la autonomía y libertad para responsabilizarse de su propia formación (Proyecto personal de vida).
 - V. El participar de la vida y de la misión del Instituto (Proyecto Comunitario y Educativo).

INDICE

LA FIDELIDAD VOCACIONAL

Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC
Presidente USG

LA FIDELIDAD, FUENTE DE VIDA PLENA

La Vida Consagrada: Profecía antropológica en la postmodernidad
Pascual Chavez Villanueva, SDB
Rector Mayor de los Salesianos

CONCLUSIONES DE TRABAJO DE GRUPO

Francesco Cereda, SDB

FORMAR A LA VIDA EN PLENITUD

PARA PREVENIR LOS ABANDONOS Y REFORZAR LA FIDELIDAD

José Rodríguez Carballo, OFM
Ministro general OFM

CONCLUSIONES DE TRABAJO DE GRUPO

Francesco Bravi, OFM

LA *RATIO FORMATI*ONIS

Oblatos de Maria Inmaculada (OMI)
Paolo Archiati, OMI

LA *RATIO FORMATI*ONIS

Misioneros Combonianos (MCCI)
Girolamo Miente, MCCI

LA *RATIO FORMATI*ONIS

Hermanos de las Escuelas Cristianas (FSC)
Juan Pablo Martín, FSC